



# Historia antigua

Enrique Cerdán Tato

---

## Índice

•

### Historia antigua

- La narrativa breve de Enrique Cerdán Tato
- Pequeña crónica
- La raíz
- El tiempo fasto
- Caín, de ocho a ocho
- Un viaje largo y esperenzador
- El lugar más lejano
- Historia antigua
- El paseante
- Las oscuras vísperas
- Enigma bajo una tumba sin nombre

## *Historia antigua*

Enrique Cerdán Tato

## La narrativa breve de Enrique Cerdán Tato

Se recogen en este volumen diez narraciones breves de Enrique Cerdán Tato (Alicante, 1930). La mayor parte de ellas fueron publicadas durante los años cincuenta y sesenta en diferentes revistas («Ínsula», «Cuadernos Hispanoamericanos», «La Estafeta Literaria», «Papeles de Son Armadans»...). Posteriormente, el autor concentró su atención en la novela y dejó de escribir cuentos.

Desde nuestra perspectiva actual, los relatos breves de Enrique Cerdán Tato presentan varios aspectos de interés. En primer lugar, ponen de manifiesto una peculiar habilidad del autor para el género: por más que en líneas generales pueden ser adscritos en principio a determinada línea de realismo «social», encontramos en ellos una permanente voluntad de trascender las limitaciones propias de esta corriente literaria mediante un frecuente recurso a la parábola. En su libro *Estudios sobre el cuento español contemporáneo*, Erna de Brandenberger ya insistía en esta característica de los cuentos de Enrique Cerdán Tato, que les confirió un acento especial dentro del panorama literario de aquellos años.

En los relatos breves de Enrique Cerdán Tato podemos encontrar el germen de motivos argumentales y temáticos que luego hemos apreciado en su obra novelística: el viaje como liberación y camino iniciático, la escritura como redención personal, la convicción que domina a sus personajes de la necesidad de afrontar el aparente caos de la existencia desde una postura de lúcida solidaridad... Motivos que después recorrerían las páginas de *Los ahorcados del cuarto menguante*, de *Todos los enanos del mundo*, *El mensajero de los últimos días*...

Al seleccionar los relatos que componen esta antología hemos pretendido ofrecer al lector un conjunto que abarcara algunos de los aspectos más significativos de la personalidad literaria de Enrique Cerdán Tato. Así, «*La raíz*» es un relato que se aproxima a un tema muy del gusto de la narrativa «social»: las precarias condiciones en que vive una familia campesina, y su negativa a abandonar la tierra que siempre han trabajado. Cerdán Tato resuelve la narración en un clima fantástico que sorprende al lector y trasciende la anécdota a un plano más general, haciendo de ella una reflexión sobre la fidelidad de unos hombres así mismos.

A través del motivo del viaje (en «*El lugar más lejano*» y en «*Un viaje largo y esperanzador*»), el autor presenta el conflicto existencial de sus personajes. Los protagonistas de ambos relatos cifran sus esperanzas en la culminación de un difícil itinerario, tan difícil que, a veces, resulta imposible aun emprenderlo. Este mismo clima desesperanzado domina el tenso desarrollo de «*Caín, de ocho a ocho*».

«*Pequeña Crónica*» presenta un registro narrativo diferente: el autor describe de forma cordial y próxima la soledad de sus personajes. Cierta influencia tremendista se puede percibir en «*El tiempo fasto*», donde vemos ya aparecer soterradamente otro de los temas básicos de la narrativa de Enrique Cerdán Tato, el interrogante sobre el recurso a la palabra como posibilidad de dotar de coherencia a los acontecimientos de nuestra propia vida, un motivo que recorre asimismo otros dos de los cuentos que reproducimos: «*Las oscuras vísperas*» y «*Enigma bajo una tumba sin nombre*».

En cuanto a «*El paseante*», se trata de un relato fantástico, una irónica parábola acerca de la capacidad subversiva de los actos más nimios, cuando representan la afirmación del individuo frente a un orden social ridículamente ordenancista, dominado por el mismo ambiente de temerosa conformidad que recorre las páginas de «*Historia antigua*».

El cuento es un género difícil, que en absoluto podemos considerar «*menor*»; tras una etapa de rechazo editorial, parece de nuevo abrirse camino entre nosotros con lentitud, pero también con fuerza y originalidad. Este libro pretende brindar a sus lectores la posibilidad de acercarse a los relatos breves de Enrique Cerdán Tato; agotadas hace ya años las diferentes ediciones que de ellos se habían realizado, resultaban -9- prácticamente inaccesibles. Leyéndolos, podemos aproximarnos a la peculiar escritura de un autor considerado por la crítica como destacado predecesor del auge actual de la narrativa breve, cuya aportación debe ser reconocida entre las más originales y valiosas realizadas durante los años en que estos relatos fueron escritos.

Jaime LORENZO

-11-

△▽

## Pequeña crónica

-13-

Los golpes de la garrota le brincaban a Pascual, como un espeluzno, por la espalda - canija, traslúcida y granujosa-. Desde la piedras del alcázar zurraba con rigor el frío.

Los trancazos reventaron, algo más próximos, en las baldosas de la acera. ¡Pobre Diego! Y recordó al desgaire, cuando ambos, de mozos, iban a pescar meros a la escollera. Pascual barajó los naipes.

Salían a la amanecida, el sueño rebulléndoles aún en los párpados. Mercaban pan tierno en la tahona de San Onofre, se atizaban unas copas como Dios manda, y ya, en el rompeolas, apercibían los aparejos. ¡Qué momentos aquellos! A Pascual las cartas se le escaparon por entre los dedos, como pececillos trasijados.

Hurgó en el brasero hasta avivar las ascuas. Por los calcañares le subió un ardor generoso.

¡Pobre Diego, sí! No podía remediarlo. Y es que el pobre Diego tenía un oficio duro, muy duro para sus años. La verdad, aquello de andar de aquí para allá, toda la noche, era mismamente una rechifla. Pascual se removió inquieto. No, no estaba nada bien. No le parecía nada bien. No le parecía nada justo, ni propio de cristianos, ¡qué puñetas! Y que no le fueran luego con monsergas. No señor. Porque allí estaba él mismo, por ejemplo, que lo tenía todo. Así, sencillamente todo. Tenía un hijo. Y una nuera. Y un nieto ya de camino. Tenía una casa. También tenía a Tom; al cascalero, al rabricorto Tom. Entonces estiró el brazo hasta el lomo del perro.

Tom sacó el hocico de entra las patas, tensó las orejas y lo miró con el mirar líquido y manso.

-¿Verdad, tú, que hace frío?

Tom se sentó sobre sus cuartos traseros e inclinó la cabeza.

-Esta noche sí que lo sacamos. Verás, verás... -murmuró, mientras ordenaba los naipes.

-14-

Ya no se escuchaban los garrotazos de Diego. Muy probablemente, Diego se habría puesto a buen recaudo en la obra donde el guarda prendía, cada noche, una respetable fogata. Si así era, tanto mejor. Mucho mejor. Cuando menos para él, que se encontraba más a su gusto. Encendió la pipa. Podía fumar con toda la pachorra. Sus hijos se habían ido, en muy buena hora, al pueblo. Se habían ido de romería.

Pascual, metido ya en el laborioso juego del solitario, tuvo un golpe de tos. Se levantó y anduvo los dos pasos que le apartaban del balconcillo; salió afuera y tiró el escupitajo que sonó, al tronzarse sobre el bordillo con un sonido grave.

La única, la tímida bombilla se iba, a costalazos de viento, de una a otra margen del callejón, y llenaba de pálidos vislumbres las cornisas y los ventanucos arropados con cueros de caloyo.

Hacía helor. Lo supo en su piel que se había vuelto vítrea y luminosa. Regresó al cobijo de las brasas y dejó que sus manos las sobrevolaran cautamente.

Se dio de nuevo al solitario; un arte tornadizo, algo mofador y muy moroso. Claro que, de cualquier modo, la Petrita, su nuera, no le permitía trasnochar más de lo mandado. Pero, ¡en fin!, todo era cuestión de tener, como los matarifes o las echadoras de cartas, una mano sabia. No había hecho más que iniciar la suerte, cuando sintió unos ronquidos. Miró en torno. La estera estaba vacía y no vio al perro por el cuarto. Aguardó hasta que nuevamente se ahilaron los gruñidos de Tom. Ahora, sí. Ahora lo había localizado. Estaba en el balcón. Pascual entreabrió un palmo la puerta.

-Venga, pasa de una vez.

Pero el animal soltó otro lamento. Asomó el viejo por la rendija: Tom tenía la cabeza trabada por dos barrotes del pasamano. Trataba de escabullirse, para lo cual afianzaba las patas delanteras y se zarandeaba de un lado a otro. Sus uñas, en el desmañado, en el frenético arranque, hacían saltar pulgaradas de mortero.

-¡Cuidado que eres borrico!

Se agachó e intentó zafarlo. Pero, casi al instante, sus manos se pusieron rígidas en el barandal. Les echó el aliento. Un aliento que se estratificaba, como atónito, y se iba navegando noche arriba.

-Ahora... Verás...

-15-

El perro se apretó sobre las costillas y lanzó un aullido de dolor. A Pascual, el taco se le cuajó en la garganta. Tenía una sangre mentida y calcárea. Tenía una sangre ya inútilmente, parsimoniosamente amagada en el corazón.

Las nubes se habían retrepado a lomos del otero y patinaban sobre el filo de sus aristas. Sólo, entre desgarraduras, tremolaba alguna estrella con tiritonas singulares. No se oía más que el viento. Y en el viento, como micelas, el estertor de Tom y los resuellos del viejo.

Pascual, por último, se frotó las palmas en los fondillos del pantalón.

-Será cosa de gastar la mollera -dijo, mientras golpeaba las ijadas de Tom.

Entró y cerró el portillo. Bueno, era preciso calmarse y obrar con sensatez. Aquello parecía no más una tomadura de pelo.

Los aullidos sonaban y resonaban con urgencia. Volvió al balcón y arrojó al perro con su manta. Luego lo alzó hasta el antepecho y lo puso sobre sus rodillas. Con tiento, le dobló el pescuezo. Pero un rezongo le hizo desistir. Tom tenía el escuezo hinchado y tibio, probablemente de sangre.

Le mordió la desesperanza. Era un viejo echadizo. Era un viejuelo modorro. Era un viejarrón que ni siquiera servía para tenderle una mano al amigo, aunque al amigo le dijeran Tom y fuese tan sólo un perro descastado. Pascual soltó un zarpazo a la pipa. Él ya no era hombre. No tenía por qué fumar.

Mientras tanto, una lluvia frívola bajó sobre la ciudad...

Los vecinos de Pascual, como todos, eran gentes galanas y humildes, honestas y entrañables. La Petrita, su nuera, solía prestar dientes de ajo, o jícaras de aceite, o ramitas de perejil. Los prestaba a Lola, la del chamarilero; a Charo Fuentes, la del segundo; a Julia; en particular, a Julia, la mujer de Cosme, el herrero.

Por eso Pascual brincó la calleja, con brincos inseguros y mínimos, y, mientras el agua se le escurría por la pelambre, llamó a la puerta.

Julia, la de Cosme, traía en los ojos legañas, entre biliosas -16- y blancuzcas, y el aliento le apestaba. A Pascual le entró tiritona porque la mujer del herrero hacía extraños visajes.

-¿Anda por ahí tu marido?

-¿Pues dónde quiere usted que ande?... Vamos, ¡digo yo!

-Mujer...

Pascual le aseguró que necesitaba hablar con él, que se trataba de una cosa muy principal. Medio amodorrada y medio apática, la mujer se metió en la trastienda, no sin antes refunfunar algo que Pascual no entendió.

Cosme, el herrero, era mozo bien plantado y de tremendos bíceps, pero aquella noche, liado como iba en la frazada, parecía más bien desmedrado y holgón.

Cosme, el herrero, no sacaba semblante de muy sanas querencias, y sin remilgos le preguntó qué asunto le llevaba a tan destemplada hora.

-Verás, Cosme... Bueno, el caso es..., es cosa de la cabeza, ¿entiendes?... La..., la tiene metida así, de manera algo rara... ¿entiendes, no?

Cosme, el herrero, miró para su mujer, se hurgó la nariz y se limpió en la manta.

-No.

A Pascual, la carne se le había puesto talmente de gallina.

-¿Oyes? -dijo, de pronto-. Es Tom.

Cosme, el herrero, mandó a Julia que se fuera a la cama porque lo único que había sentido era el niño, que andaba con retortijones de vientre.

Cosme, el herrero, con delicadeza casi, empujó al viejo.

-Mañana, ¿eh? Mañana viene y me lo cuenta, ¿de acuerdo?

La fugaz hoja de luz alumbró la calleja enlamada por donde la lluvia, entre tanto, bajaba, algo más crecida.

Los vecinos de Pascual, como casi todos los vecinos, eran gentes mesuradas y caritativas, tiernas y urbanas. La Petrita, su nuera, solía prestar la plancha eléctrica o medio litro de petróleo o un pimiento. Se lo prestaba a Julia, la del herrero; a Lola, la del comerciante; a Charo Fuentes, la del segundo. En -17- particular, a Charo Fuentes, recién maridada con un subalterno de la fábrica de tabacos.

Pero Pascual no llegó a subir, porque cuando en ello estaba, se abrieron los postigos del ventanuco y la voz campanuda y ordenancista del subalterno gritó:

-¡Si no se calla esa mierda de perro, le rompo el espinazo!

Pascual acarició a Tom con tanta ternura que el perro movió la cola, aunque con cierto desánimo.

Al cesar la lluvia, el frío se había hecho más acuciador. Caía desde las piedras del alcázar y zurraba con ganas. Se dejó llevar por la pina calleja, dobló a la izquierda. Era la última posibilidad. Algo así como gastar el último petardo. Llegó a la obra. En lo más hondo, barruntó al guarda y a Diego encorvados sobre la lumbre.

-¿Quién anda por ahí?

-Soy yo. Soy Pascual.

Diego se irguió.

-¿Sucede algo?

Pascual carraspeó. El guarda tomó un pote de junto a las pavesas.

-Eche un trago, abuelo. Se va usted a desarmar.

Pero Pascual no se percató del ofrecimiento.

-Vente para casa. Diego, vente corriendo, porque si no, Tom la diña.

Diego dio un respingo.

-¿Tu chico?

Pascual le dijo que no, que no se trataba del chico, sino del perro.

-Está bien, hombre, está bien. Vamos a ver qué pasa.

El guarda bebió del pote, chascó la lengua y sonrió.

-¡Leches con el abuelo! Menudo susto.

Una vez en casa, Pascual corrió al voladizo: Tom parecía resignado a su suerte. Pascual lo despojó de la manta, que chorreaba. Con ojo limpio y sosegado, Diego advirtió la situación.

-Este animal no tarda en reventar, ¡palabra!

Palpó un barrote. Introdujo su bastón y lo apoyó sobre el hierro. Le rechinaron los dientes y se le fue un bufido cuando venció toda su humanidad sobre la palanca.

Pascual lo observaba con gratitud y admiración. Diego había sido, de siempre, un hombretón capaz de alzar, hasta sus mismas narices, un fardo de más de seis arrobas. Y todavía, ¡vaya que sí!, guardaba un cuerpo firme y macizo.

Pero los años, o el frío, o quién sabe qué, cortaron, a cercén, los resoplidos de Diego.

-A lo mejor entre los dos...

Pascual empuñó la garrota y afirmó los pies.

-¿Listo?

Pascual dijo que listo.

-¡Vaaaaa...!

Se quebró la garrota y su chasquillo restalló por la calleja. Pascual recibió una costalada y se quedó sentado ridículamente en el suelo. Diego, como ido, sostenía el tercio superior de su garrota.

-Más de veinte reales...

Pascual se incorporó y echó un vistazo a su viejo compañero: tenía un gesto entre melancólico y enajenado.

-Más de veinte reales me va a costar...

Se marchó sin más. Pascual lo sintió bajar. Luego, se dejó caer en la silla. Por el cuarto holgaba el mismo frío, despiadado y elemental, de la calle.

Pascual se dejó caer en la silla, se desplomó en la silla. Advirtió los naipes y los fue apilando uno tras otro, hasta el último. Escuchó, como algo cada vez más distante, las sacudidas de Tom y se quedó, con la cabeza reclinada sobre los montoncitos de cartas, mansamente dormido.

-19-

△▽

## La raíz

-21-

Le digo a mi padre, una vez más, que es inútil cuanto hacemos, pero suelta un gruñido y me mira con desprecio. Tiene los ojos febriles y hundidos. No parece sino que en ellos se cobijara la escasa vida que aún alienta. Así que me tumbo sobre el surco sin



agregar ya ni una sola palabra. Estamos extenuados. En particular el viejo. Me da la impresión de que va a quebrarse, de un momento a otro, como una cañamiel.

Esto es una locura y nada más que una locura. También hoy hemos cavado durante todo el día bajo un sol espeso y ardiente. Y así llevamos casi un mes. Es una locura, lo repito, aunque él no quiera comprenderlo. «La tierra es la tierra», dice. Empuña la azada, la levanta y la deja caer, una y otra vez y otra y otra más, con una energía que no acierto a comprender de dónde le viene.

Me tumbo sobre el surco y le tiendo el paquete de cigarrillos. Ni siquiera lo ve -o hace como si no lo viera-, y saca su pipa de caña y se pone a fumar muy lentamente. Por sus cejas resbala el sudor. De pronto murmura: «No. No venderé nunca».

La casa está al pie mismo del alcor, entre dos vetustos algarrobos. Casi no la distingo desde aquí, pero me da mucha pena. Mucha. Las tapias del corral ya han comenzado a desmoronarse, y dentro de poco el tejado se nos vendrá encima. Y no hay remedio. Lo sé. Lo saben todos. Menos mi padre, por supuesto.

Aún hace mucho calor. El aire es pesado, y de la tierra removida surge un vaho asfixiante. El sol se pone. Tras la cordillera se advierte un resplandor rojizo y agónico. Doy una última chupada al cigarro y lanzo la colilla. Todo cuanto me rodea está gastado. Es como un país bíblico. Mi padre también mira para la casa, y sus ojos se llenan con la luz del atardecer. «La tierra es la tierra y nosotros mismos», murmura.

-22-

A estas horas, como todas las tardes, bajan los canteros del cabezo. Nos llegan sus voces y sus coplas. Son buenas gentes. Gentes de otros lugares. Pasan cerca y nos saludan alegremente. Sienten un gran respeto por mi padre. Me consta. Los del pueblo, sin embargo, aseguran que anda salido de sus cabales, pero no se atreven a decírselo cara a cara, porque el viejo es aún muy hombre. No, no se pueden gastar bromas con él. Además, si he de ser sincero, no creo nada de cuanto dicen. Sucede que mi padre sabe algo que nosotros ignoramos. Creo que es eso. Eso y nada más. Porque lo creo, lo ayudo. Aunque ya estoy más que harto. Decididamente, esto no es para mí.

«El año que viene todo será como antes. Mejor que antes. Compraré dos machos para la labranza y una jaca. Y levantaremos las cuadras, el lagar y la corraliza. Pero todo, todo volverá a ser como antes o mucho mejor que antes. Seguro».

Las nubes pasan muy altas y veloces, no sé por qué. El viejo agita el puño y las amenaza en silencio. Alguna vez -pero muy de tarde en tarde- cae un ligero chaparrón. Entonces padre se planta muy erguido bajo la lluvia y deja que el agua penetre todo su cuerpo. Pero las gotas, tan pronto como alcanzan el suelo, se evaporan, y el aire mismo entra en ebullición. Apenas si se puede respirar. Es una plaga, pero no quiere entenderlo. Sólo los lagartos pueden habitar este páramo. Se lo repito cada día, cada minuto de cada día, pero no me escucha. Por esto estoy ya tan cansado, porque sé que cuanto hacemos es inútil. Sólo deseo volver a la ciudad y olvidar definitivamente todo esto.

«No. No venderé nunca. La tierra no se vende, no puede venderse». En varias ocasiones me he reunido con el señor alemán y con su amigo en la taberna del pueblo. El señor alemán quiere comprarnos la finca, y está dispuesto a pagar un buen puñado de dinero. Si la vendiéramos, yo y mi hermana podríamos ir a la ciudad y vivir allí como viven otras personas. Pero no sé qué es lo que haría mi padre. El señor alemán es muy obstinado, de cualquier modo, e insiste una y otra vez. Yo le digo que sí, que me gustaría vendérsela, pero que no puedo porque no es mía y mi padre se niega a tratar con él. El extranjero jura que es lo mejor para el viejo, que así podría meterse en un hospital y curarse del todo. Lleva razón, le digo que lleva toda la razón, pero que no puedo hacer nada. Mi -23- padre no oye, no quiere oír, no se interesa por cosa alguna. Él ya no habla con nadie, en absoluto, salvo consigo mismo, y no siempre. Porque a veces parece no encontrarse ni aun dentro de sus propios cueros, sino en algún lugar muy distante, y da la impresión de ser un objeto, un árbol más bien. Pero en todo caso, algo muy ajeno y totalmente inaccesible.

Por último, el señor alemán y su amigo terminan los vasos en silencio, visiblemente decepcionados. Luego se meten en el gran coche negro y, antes de partir, justo antes de partir, prometen que volverán otro día, por si acaso.

Está anocheciendo. Las estiradas sombras de la sierra se precipitan sobre el valle. Más abajo el pueblo enciende su alumbrado eléctrico. Hasta nosotros sube un tenue rumor de vida y el aullido de un perro. Miro a mi padre y siento una congoja muy honda.

De pronto rasga el aire la voz de Elisa: es el suyo un grito tan prolongado que termina confundándose con el aullido del perro. Me levanto y cargo con la azada y el pico. Espero unos instantes, hasta que de nuevo nos llama Elisa. Él no se da cuenta, no oye nada. Le sacudo unos golpecitos en la espalda y le digo que nos tenemos que ir. Pero no hace caso. Permanece sentado en el caballón, mientras sus grandes y secas manos palpan la tierra y la oprimen suavemente. Me agacho un poco, lo tomo de los hombros y tiro, hasta ponerlo en pie.

Estoy rendido. Sólo ahora comprendo cuánto hemos trabajado. Durante casi un mes hemos perforado el suelo sin encontrar rastro de agua. Y así uno y otro día. Es demasiado. Tampoco creo -por otra parte- que encontremos nunca una sola gota de agua. Esta tierra está maldita.

La noche es oscura y apenas si se distinguen los contornos del cerro. Caminamos lentamente por el cauce pedregoso de un ramblazo. De nuevo aúlla el perro, y tras su aullido se disparan los élitros del insecto. Tengo ganas de llegar a casa. Los pasos de mi padre son casi inaudibles. Vuelvo la cabeza y atisbo su gigantesca sombra, casi inmóvil, unos metros atrás. Me detengo y lo llamo. Voy hacia él y le hago coger un extremo del azadón, en tanto yo sostengo el otro. Temo que se quede rezagado, perdido en las tinieblas.

La tierra es la tierra, desde luego. Pero esta tierra ya no será como antes. Nunca volverá a ser como antes. Es tan sólo -24- un desierto. Un hermoso cadáver de guijarros y polvo. Nada más. Me gustaría gritárselo a mi padre, pero no me atrevo.

A lo lejos se enciende una débil luz. Mi hermana trata de guiarnos en la noche. ¡Pobre Elisa! También ella está dejándose los años sobre esta sucia paramera. Y le cuesta, como me cuesta a mí, soportar la incertidumbre, el duro trabajo de cada día. Sí, la verdad es que tengo lástima de todos nosotros y de esa vieja casona, que puede derrumbarse en cualquier momento.

Bruscamente me doy cuenta de que el viejo no me sigue. El extremo del azadón abre un áspero surco en el lecho de la torrentera. Busco en la oscuridad. Grito hasta desgañitarme. Desesperadamente extendiendo los brazos y palpo el fondo del cauce. Es muy probable que se haya sentado en cualquier lugar y espere el alba como si tal cosa. Él es así.

De súbito tropiezo con algo. Mis manos acarician ya el cabello hirsuto y corto del viejo. Me tranquilizo, sonrío y trato de levantarlo. Pero no puedo. Le pido que me ayude, que estoy muy cansado y apenas si me quedan fuerzas. Creo que intenta decirme algo. Me acuclillo y le alzo la cabeza. Sus ojos me miran profundamente. «La tierra es la tierra y nosotros mismos». Me incorporo y tiro de él una y otra vez.

El aullido del perro y el de Elisa han coincidido. Mis ropas están empapadas de sudor, y el aire crepita en torno. Sin embargo, no puedo abandonar a mi padre aquí en medio. Lo tomo por las muñecas y hago un último esfuerzo. Pero parece clavado en la tierra, talmente como una raíz. Estoy aturdido y ya no sé qué hacer. Me inclino de nuevo y me abrazo a su cuerpo. De pronto siento náuseas; tengo la sensación de que se está hundiendo en el surco.

Es absurdo. Ha caído, sin duda, en uno de los muchos agujeros que nosotros mismos hemos cavado. De manera que agarro sus manos firmemente y tiro hacia arriba. Y tiro y tiro y su peso crece más y más.

Doy un brusco tirón, suena un chasquido y algo se me quiebra entre los dedos. Es tan sólo un sarmiento. Es tan sólo un sarmiento seco y nudoso. Un sarmiento. Pero no puedo contenerme y me pongo a gritar. Y grita mi hermana y el perro, y nuestros gritos se confunden en la noche, definitivamente.

-25-

△▽

## **El tiempo fasto**

-27-

Me dicen Roberto y tengo treinta y dos años. No sé ni de dónde he salido, ni cómo se llamaban mis padres. Pero no soy un cualquiera. He vivido, he corrido por esos mundos de Dios, he bregado de firme y tengo las carnes llenas de mataduras. Tampoco sé ni para qué. Digo yo, si serán para que se note que nunca me he rebajado.

Ahora estoy en una pequeña capital de provincia. Algo fría, tal vez, pero tranquila, muy tranquila. No me puedo quejar. Sobre todo porque don Darío se me antoja un bendito, aunque algo lerdo, que todo hay que decirlo.

Don Darío Ridruejo es mi amo.

Tiene gracia. A don Darío le han colgado el sambenito de sabio. Total porque es catedrático. Claro que no me importa demasiado. Sé que a la gente le gusta incordiar. De cualquier modo, es natural que don Darío, como buen cristiano, tenga sus rarezas. Y cuando se pone a lo culto, dice que soy un... ¡qué sé yo! Pero, bueno, lo dice sin ánimo de molestar.

Creo que don Darío es un santo o algo por el estilo al lado de aquel mostrenco al que llamaban «El Cagarruta», trajinante de mala ralea, que fue mi amo durante algunos meses.

Doña Matilde, la mujer de don Darío, sí que me pone como loco. Doña Matilde es una bestia de tiros largos. Doña Matilde, hembra de muchas y reidoras carnes, no pierde el turno para endilgarme sus buenos torniscones en el pescuezo. Doña Matilde, en fin, me llama zamarro porque no logro hacerme con el inglés, pero ¡qué idea...!

Para mí tengo que doña Matilde anda algo ida desde que la palmó el chico, que en Gloria esté. Sea lo que fuere, el caso es que don Darío y yo la odiamos con odio sanguinario. Aunque lo disimulamos, por si las moscas. Siempre que hay jollín, don Darío llega perdiendo el culo, me acaricia y se duele de su cobardía.

-28-

-¡Qué mujer, Roberto!... ¡Qué mujer!...

Don Darío, más sosegado, toma el periódico, enciende un habano y se deja caer en la butaca. Don Darío, que es hombre de hábitos, se despabila un sueñecito hasta que lo empoma doña Matilde y, de nuevo, le arma la de Dios. Lo pone de guarro y vilordo que da pena, ¡y todo por una miaja de ceniza! Pero la cosa no termina ahí, ¡ni hablar! Doña Matilde, con muchos humos, se vuelve, me casca un sopapo y me pregunta que qué miro. ¡Qué mujer, don Darío!... ¡Qué mujer!... Momentos hay que..., no sé, no sé.

Pero todo esto son menudencias, no más. Mi vida es una vida plácida y ordenada. Cada mañana, don Darío, a las nueve menos cuarto, sale para el instituto con su abrigo negro y su cartera negra y su paraguas. Entonces las mujeres hacen la limpieza. Doña Matilde sacude el polvo siempre con la pechuga muy inflada. La Petrita canta coplas y empina el trasero mientras friega los pisos. Al mediodía, me llevan a la cocina y me dan buñuelos de viento o sopas de leche. En un principio, no había quién me hiciera tragar aquellas porquerías, pero... ¡qué remedio!

Don Darío, me creo que ya lo dije, es hombre de costumbres. Desde que la palmó el chico, que en Gloria esté, no sale por las tardes. Las pasa en el saloncito, junto a la estufa, leyendo en los papeles. A don Darío se le alumbran los ojos con una candela que se me antoja algo astuta.

Yo y don Darío somos dichosos esas tardes, ¡lo juro! Son tardes largas melancólicas, casi pasmosas. Tardes en las que se diluye mi mudez. Tardes en las que se columpian las campanas de la colegiata y resbalan por los aires como vencejos. A menudo, doña Matilde nos revienta la quietud. Doña Matilde tiene la rara afición del clavicímbalo y cuando toca, no tolera ni un suspiro. Como me la conozco de sobra, simulo dormir y ¡allá se las apañen!

Los domingos sí que son para no mentarlos. Los domingos, doña Matilde recibe e invita al té. La cosa queda muy fina y doña Matilde se cuelga los pendientes y el broche de perlas. A la Petrita la viste como de feria: toda empingorotada y con un sombrerete o algo parecido que le cae muy cursi.

A don Darío es mismamente como si lo despanzurrasen. De grima barruntarlo con sus botines y su cuello duro. Don Darío apenas habla. Se deja sobar, llevar, traer, preguntar, -29- etc. Cuando se largan las madamas, el pobre suelta el resuello y se repantiga en su butaca.

-¡Qué mujer, Roberto!... ¡Qué mujer!...

Las amigas de doña Matilde son de peso, de la buena sociedad, de esas que se las saben todas y hacen punto para los niños panzones y piojosos, y despotrican de todo y con todo se santiguan y dicen palabras santas y cuentan cuentas de rosario y hablillas de los arriscados coadjutores. Son señoras finolis y muy dadas al prójimo que sorben el té maravilladas del chispeo de las joyas.

Los amigos de don Darío ya son harina de otro costal. Se reúnen muy de tarde en tarde, y forman un grupo locuaz y muy culto. Allí está el pediatra don Juan Castroviejo que prodiga chistes subidos y gusta, según es notorio, de palparles el culo a las mozas. Allí también don Ángel Núñez, adjunto de Historia, liberal e inteligente pesquisidor.

-¡Defínase, don Juan!... ¡Defínase, y déjese de historias!

Y el registrador de la propiedad don Ricardo Cifuentes, que anda siempre medio enjumado y como ido.

-Aquí, lo que hace falta es más dignidad, ¿no es cierto, don Ángel?

Mi amo se despepita por meter baza.

-¿Y qué me dicen ustedes del Plan Badajoz, eh?... ¿Qué me dicen?

Don Ángel lo fulmina con su mirada. ¡Pobre don Darío! con ese cuento de ser sabio, lo han arreglado. Me da mucha lástima don Darío pero nada puedo hacer por él.

¡Qué cosa disparatada es la vida! Por eso me he negado siempre a hablar. No te aclaras tampoco, no te vale para nada. Además, no es cosa de un servidor. Yo soy como soy y no tengo por qué andarme con rodeos.

De todas formas, hay asuntos que me distraen. Por ejemplo, las cosas que se hacen la Petrita y el militar que viene cuando mis amos se marchan al teatro. ¡Menudos

pellizcos se arrear! Sí, son cosas que me ponen cachondo. Aun que no sé por qué, la verdad. Ni jamás lo he sabido. Debe de ser algo casi mágico porque el mozo y la Petrita ponen unas caras y soplan de una manera muy curiosas. ¡Lástima que no venga con más frecuencia el quinto ese!

Mi vida es una vida plácida y ordenada. Pero también -30- una vida vacía. Y es que no tiene sentido eso de estar así, siempre lo mismo, siempre sin que nada acontezca. En ocasiones, cuando vislumbro tras los cristales el aire bullidor y azul, me entran ganas de romper a bocados la cadena. Sin embargo, la ventolera pasa pronto, a Dios gracias. Hace muchos años, cuando lo de «El Cagarruta» ya me las piré una vez. Total para nada, porque fui a dar en una corraliza negra y fangosa de donde no había quien saliera. Me mamé la noche entre tiritonas y bramidos porque las ratas no hacían más que porfiar. Luego, cuando volvieron a encadenarme, sentí un gran alivio, lo confieso. Y es que no sé cómo comportarme; estoy desentrenado para estas andanzas. No sé casi nada, ni siquiera si tengo linaje o soy un tipo extrañamente abortado. Pero conozco mis principios, los míos, y nunca hablaré. No me rebajo. Es mi evangelio. Quizá por eso tenga las carnes cubiertas de costurones.

El cadáver de doña Matilde huele con un olor agrio y fuerte, como si talmente hubiera reventado la muy puerca.

En los ojos de don Darío alumbra hoy la singular candela. Don Darío ha trabajado con su acostumbrada docilidad y de un solo tajo le ha rebanado el pescuezo a su mujer. Claro que antes don Darío había sacado filo a la navaja barbera, con mucha conciencia.

Doña Matilde ha lanzado un chillido de verraco, se ha columpiado en el aire hasta caer de costadillo y ha disparado grotescamente los ojos de sus órbitas. En la tajadura, borbotea aún su mala sangre.

Don Darío me mira con cierto empacho. Luego deja rodar los ojos hasta la tremenda cuchillada.

-¡Qué mujer, Roberto!... ¡Qué mujer!

Don Darío Ridruejo se ha retorcido brutalmente, como si tuviera retortijones de tripa, antes de cascar en sollozos.

Cada vez se me figuran más sorprendentes estos hombres... En fin, allá ellos. Para mí, no cuenta nada de lo sucedido. En el mejor de los casos es sólo un pasatiempo. La verdad; se me da una higa lo que hagan con la difunta y con el bendito de don Darío.

Mi vida es una vida plácida y ordenada. Una vida vacía también. Ahora sé que he de esperar mirando el aire bullidor y azul, hasta que llegue mi nuevo dueño.

## Caín, de ocho a ocho

-33-

Me encontraba en uno de los bancos del parque central, cuando llegó aquel hombre, tomó asiento a mi lado y al punto lo reconocí. Era algo tarde, quizá demasiado tarde, aunque no tanto, por cierto, como para marcharme, estando como estaba casi diluido en la penumbra entre vegetal y nubosa.

Digo que reconocí al punto a aquel hombre y me quedé mirándolo gravemente, sin que él me prestara por eso atención alguna o como si acaso aún no hubiera advertido mi presencia, estando yo como estaba tan identificado con la espesa sombra de los tilos.

Creo, sin embargo, que al poco debió sentirse observado, porque se movió inquieto hasta quedar de espaldas. Aun así, me di cuenta de que se encontraba viejo, terriblemente viejo -si he de ser sincero-, y cansado, muy cansado. Podía escuchar su oscuro jadeo entre el rumor de la hojarasca y el líquido casi animal de la cercana fuente, pero no quise recordarle nada, ni aun escuchándolo y viéndolo respirar con aquella fatiga, ni tampoco traté de sorprenderlo (aunque ahora no estoy muy seguro de haberlo conseguido, por otra parte) con una tos fingida, con un ademán algo brusco o con un saludo, pero no con uno de esos saludos convencionales y casi mecánicos, sino con el saludo propio y un tanto mordaz de quien ha esperado mucho, demasiado ya, en cualquier esquina.

Miré sus hombros tan frágiles envueltos en una chaqueta de lana descolorida. y tuve de pronto unos vivos deseos de abrazarlo y de gritarle que ya todo había concluido, y que a partir de entonces íbamos a caminar juntos necesariamente, teníamos que caminar juntos hasta que él cumpliera en mí su inexcusable y programado destino.

Pero ni siquiera pude moverme, estando como estaba instalado en aquella penumbra -casi penumbra yo mismo- y dispuesto a ofrecer mi cuello, sin que dejaran de alborotar -34- los gorriones, ni el líquido casi animal de la fuente, del agua vertida por las repugnantes fauces de la gárgola, al fondo de la pila, verdinegro, suave, excitante -me refiero al fondo verdinegro-, suave de la pila -según he dicho-, casi tanto, tan excitante, como el sexo de una virgen muy poco probable, el fondo verdinegro y excitante de la pila donde se derramaban los humores de la bestia, mientras ofrecía mi cuello y miraba a aquel hombre y le suplicaba que concluyera de una vez, que yo estaba allí muy bien dispuesto y que apenas si le iba a costar trabajo.

Atardecía, y él se obstinaba en permanecer distante, indiferente más bien, tal como un simple anciano que disfrutara ávida y apaciblemente de la tarde de octubre, con nubes lilas y filamentosas en su vértice superior, incluso con unos cuantos nietos en cualquier casa de la ciudad y un tazón de leche amarilla en el saloncito cálido, empapelado y abierto al barrio antiguo, por el que todavía se esparce, monótono y casi agrio, el bronce de las campanas sobre el templo de Eleyin (que es un decir, claro. O una imagen como las imágenes, más o menos, de aquel poema que usted recordará, y que habla de una hoz que parte, de una verga que azota, de un fuego que abrasa, de un molino que tritura, etc.). Pues él no quería otra cosa más que sustraerse a la memoria de algo aún no sucedido, sin embargo, y a pesar de todas mis mejores intenciones, por la



estúpida obstinación del anciano que nunca había de tener reposo si no se decidía de una vez a mirarme fijamente, como pienso que ha de mirar un hombre al hombre que, quiéralo o no, ha de matar de un momento a otro.

No sé qué torpes excusas buscaba, por aquel entonces, para prolongar la espera angustiada, la agónica desde el mismo principio espera, en tanto se hacía viejo, terriblemente viejo, y tal vez confiaba en que la vejez habría de liberarlo, en definitiva. Y yo, a todo esto, sin saber exactamente qué hacer y, en consecuencia, ofreciéndole mi cabeza como un tonto, aunque con ciertas reservas, si he de ser sincero, pero sabiendo que era inútil cuanto pretextáramos uno y otro, y que al final tendríamos que caminar juntos para siempre -como hasta ahora-, necesariamente juntos -como hasta mañana y aún hasta dentro de muchos años, de muchos-, juntos como se nos había ordenado.

Y eso que yo mismo le sugerí toda clase de procedimientos, -35- con ánimo de hacer su tarea más fácil y hasta mucho más anodina, quiero decir algo así como un acto cotidiano, insignificante, casi reflejo. Pues tampoco pude convencerlo, y por eso andamos como andamos, de uno a otro extremo de la casa o de la ciudad, cada uno por su lado, hasta que inevitablemente venimos a dar aquí, en cualquier banco del parque o, verbigracia, en el mostrador de un viejo café, y él, como ya es ritual, simula no conocerme para nada y yo trato de llamar su atención, aunque sin demasiadas fuerzas.

Pues bien: fuimos dejando atrás todas las oportunidades, desde la piedra a la daga, de ésta al pomo renacentista o a la guillotina o al arma de fuego o al gas (iperita o cloro) o a la silla eléctrica, ya tan civilizada, sin que él, en ningún caso, se decidiera por una u otra cosa, siempre indeciso, con titubeos inadmisibles, para, por último, alejarse bajo los árboles o por entre las gentes que a aquellas horas -era media tarde o quizá el momento en que los cinematógrafos han de cerrar sus puertas, ya no me acuerdo bien- llenaban, las gentes, repito, los bulevares. Bueno, también le hablé -no directamente, como cabe suponer, dado que es muy aprensivo y nunca lo hubiera soportado- del napalm, tan rentable, o del uranio-238 o alguno de sus isótopos (ver ley de Soddy y Fajans y todo eso), pero ni me quiso escuchar, aunque le hice saber que mi sugerencia era aséptica, muy científica en verdad, y no tenía por qué ensuciarse las manos. Y él entonces se las miró receloso, y no hace sino mirárselas de continuo, y luego las hunde con desesperación en sus bolsillos y se aleja entre las gentes y los árboles, o bien lo veo entre los automóviles, cuando aún el semáforo señala peligro y el guardia le sigue soplando al silbato violentamente, como si ya fuera un asesino.

Y ahora se me vuelve de espaldas y guarda silencio entre el líquido casi animal de la cercana fuente o el alboroto de los gorriones por entre los plátanos del parque, y aseguro que no me ve -ha de asegurarlo, estoy convencido- por más que mi aliento le abraza la nuca, de tan juntos que estamos. Y yo, mientras, le animo con mi actitud de entrega absoluta, y casi estoy a punto de tomarle la mano y obligarle a oprimir el gatillo o a pulsar el interruptor o a descargar el hacha sobre mi cuello, sin que con eso concluyera todo de una vez y este parque volviera a ser un parque con niños y niñeras y soldados, con -36- niños que jueguen en la espesura, en la que algunas parejas hacen el amor, y coman barras de chocolate y beban en sus termos una leche caliente y espesa, etc. Pero insisto en que él ni me mira, y tan sólo percibo su jadeo, y conozco que es la nuestra una huida inútil, porque al final siempre nos encontramos y nos reconocemos al punto, en cualquier banco del parque o en la terraza de algún café, por ejemplo.



No, no sucede nada, y eso que los gorriones duermen ya -octubre apenas si comienza- en las ramas de los tilos, de los plátanos y de los otros grandes árboles, cuyo nombre siempre he ignorado, de hojas aovadas y de tacto casi metálico, o en el monótono líquido casi animal de la fuente, de fondo de musgo verdinegro, suave y excitante, pero nada sucede, como era de esperar. Simplemente, y en un instante dado, aquel hombre contempla las palmas de sus manos, que brillan de súbito con un brillo cruel y se encienden por los bordes, como sarmientos, en la penumbra que soy yo mismo, con el periódico abierto sobre las rodillas (el periódico que no he leído y que habla de cientos de muertes, de miles, con naturalidad); y él permanece allí mirándose a las manos como si tal cosa, y de pronto se pone en pie y echa a caminar despacio en un principio, para luego alargar las zancadas y terminar corriendo, hasta perderse entre las gentes, por los bulevares, cuando los cinematógrafos terminan su sesión nocturna, y yo me quedo allí mismo, de nuevo defraudado, en espera de la oportunidad definitiva. Porque sé que volverá aquel hombre -u otro muy parecido- y tomará asiento junto a mí, en cualquier banco del parque, y yo, le reconoceré al punto y aguardaré el término de algo realmente innecesario.

-37-

△▽

## Un viaje largo y esperenzador

-39-

Poco antes de las doce llegó al China Doll. La sala estaba casi a oscuras y el pianista no hacía sino bostezar, mientras tocaba una música tristonra y leve.

-Un coñac con hielo -pidió.

El barman le sirvió mecánicamente, sin tan siquiera mirarlo.

-¿Cuánto es? -preguntó con voz desinflada.

-Veinticinco pesetas.

-¿Veinticinco pesetas?

-Veinticinco pesetas, señor.

Pagó y se volvió hacia la pista. Bajo el gran poliedro de cristal, algunas parejas permanecían estrechamente unidas, casi sin moverse. Así van las cosas como van, pensó.

Ya eran las doce y diez, de modo que Gonzalo no tardaría mucho en llegar. Apuró el coñac y pidió otro. Resultaba excesivamente caro, pero no sabía qué hacer allí, frente a la hermosa barra, entre todas aquellas gentes distinguidas y melancólicas. De cualquiera

manera, se encontraba cohibido en aquel ambiente, molesto, nervioso, y sin acertar en ningún momento con la actitud adecuada.

-¿No habrá visto usted a Gonzalo, eh? -preguntó de pronto.

Pero el barman continuó limpiando algunos vasos, y tuvo que repetir la pregunta con decisión.

-Por favor, ¿ha visto a Gonzalo?

El barman levantó la cabeza y pareció mirarlo, pero sin detenerse en su faena.

-¿A Gonzalo...? ¿A qué Gonzalo?

Iba a replicar, pero se contuvo. No recordaba, por cierto, el apellido de su amigo. Claro que no resultaba difícil identificarlo. Así es que agregó:

-A Gonzalo; ese que le falta un dedo en la mano izquierda.

El barman sonrió imperceptiblemente, se acodó en la -40- barra y lo miró casi con descaro.

-¿Un dedo, no...? ¿Ha dicho que le falta un dedo?

Hizo un gesto afirmativo, ya más nervioso que nunca, y dio un trago.

-¿Y qué dedo le falta, señor?

Estuvo a punto de atragantarse. ¡Qué diablos importaba el dedo que fuera!

-Lo lamento, pero no puedo ayudarle. Con tan pocos detalles... -dejó de sonreír y volvió al trabajo.

¡Imbécil! Aquel tipo había querido burlarse de él. Pero demasiado bien sabía que Gonzalo era sobradamente conocido por allí. Lo decía en su nota. Sacó el arrugado papel de su bolsillo y lo leyó de nuevo: «A las doce, en el China Doll. Pregunta por mí en cuanto llegues. Gonzalo». La cosa no podía estar más clara. De modo que si aquel tipo tenía ganas de broma, no iba a ser él quien se las quitase. Pidió otro coñac y dijo con aire festivo:

-El gordo, ¿sabe usted? Ese es el dedo que le falta.

El barman se quedó un tanto perplejo. Luego se aproximó y le susurró casi al oído.

-¿De veras quiere usted otro coñac, señor?

Bebió con rabia mal contenida. Aquel imbécil comenzaba ya a cargarle con sus insolencias.

De pronto, el pianista pareció despertar. Un ritmo acelerado y pegadizo hizo que las parejas abandonaran su languidez y se precipitaran en un torbellino frenético y altamente estimulante. Bebió otra vez. Todo iba bien. Sólo eran las doce y media, y Gonzalo ya no podía tardar mucho. Fue entonces cuando se acercó la muchacha. Olía a menta silvestre, estaba seguro.

-¿Me invitas? -dijo.

Olía también a arcilla, pero tenía que renunciar. Todo estaba dispuesto para el gran viaje y sólo faltaban ocho horas. Ocho horas. Después la mar y una vida recién cortada y bien envuelta en papel de plata. No. A pesar de todo, tenía que renunciar.

-Lo siento -dijo, sin saber exactamente qué era lo que decía-. Es que aguardo a Gonzalo, ¿comprende?

Y ya después de que la muchacha se hubo ido, advirtió cómo la sangre se precipitaba estúpidamente en sus mejillas. Por supuesto, nunca aprendería a comportarse en aquel -41- mundo tan extraño como inaccesible.

Anduvo hasta un ventanal y atisbó por entre las pesadas cortinas; sobre las montañas brincaba la llama oxhídrica de la tormenta. Las primeras gotas salpicaron los cristales y los lujosos automóviles aparcados en la explanada que se abría frente al China Doll.

Mañana todo esto me parecerá un sueño, se dijo. Volvió al cobijo de la barra y pidió un cuarto coñac. Le temblaban algo las piernas y no disponía de mucho dinero, pero era su última noche, ¡qué diantre!

Por entonces llegó aquel tipo gigantesco y de pelo color zanahoria, a quien el barman llamó señor Brawnny.

El señor Brawnny tomó asiento junto a él en el mostrador, y dijo con acento extranjero y gangoso que le sirvieran lo de costumbre. El barman le puso delante un vaso alto y lleno de hielo, en el que vertió una considerable cantidad de whisky.

En un principio, aquel tipo se limitó a beber tranquilamente. Pero poco después, y sin mediar palabra alguna, lo invitó a una copa, mientras le ceñía los hombros con uno de sus poderosos brazos.

Trató de excusarse, pero el señor Brawnny dijo que no entendía e insistió en la invitación. Finalmente -y sin necesidad de que él se decidiera-, el extranjero hizo una seña y el barman le sirvió otro whisky. Nunca había probado aquello, pero bajo la mirada irónica del barman, lo tomó casi de un solo trago. Tenía un sabor desagradable - a naftalina, quizá-, aunque ya le era indiferente. «¡Olé!», gritó el señor Brawnny cuando lo hubo terminado, y le dio un codazo en las costillas, mientras reía muy divertido.

Miró el reloj: pasaban algunos minutos de la una. Era, pues, necesario hacer algo. Tal vez Gonzalo anduviera por allí cerca con alguna chica por entre la penumbra de la sala. Fue a levantarse, pero el gigante lo alzó por un hombro y volvió a dejarlo en el taburete. Su vaso estaba lleno de nuevo y el señor Brawnny lo miraba con una amplia sonrisa.

-Necesito encontrar a Gonzalo, ¿entiende usted? -balbució.

Pero era inútil. De manera que volvió a tomar de aquello, ya sin importarle en absoluto el sabor a naftalina o a lo que fuere. Quiso entonces ponerse en pie, pero perdió el equilibrio -42- y tuvo que agarrarse al extranjero. Estaba más borracho de lo que él mismo había creído. Bueno, disponía de dos semanas para dormir tranquilamente la borrachera.

De repente empezó a reír y miró al señor Brawnny con abierta simpatía. En realidad, no tenía por qué disgustarse. Era un hombre feliz. Le esperaba un largo viaje y una vida llena de promesas. Sí, todo iba bien. Por eso había estado ahorrando durante meses y meses. De modo que un poco de alcohol o un simple retraso de Gonzalo no podía causarle ningún serio contratiempo. Además, aún era muy temprano. Incluso podía estar bebiendo, si le daba la gana, hasta un par de horas antes de salir el barco. Una vez Gonzalo le hubiera dado todos aquellos dichosos papelotes y el pasaje, no tenía más que acercarse a la pensión, recoger sus maletas y bajar al muelle en el mismo taxi.

Del piano brotaba ahora un ritmo conocido y antiguo. Miró la pista y vio al señor Brawnny bailando con la misma chica que poco antes se le había insinuado. Bailaban a saltitos. Era muy divertido verlos. En particular al señor Brawnny. El señor Brawnny parecía mismamente un oso, uno de esos osos bobalicones que los húngaros llevan de pueblo en pueblo. Sí, el señor Brawnny era un oso que iba a pagar su tercer whisky. Tercer whisky. No estaba mal aquello. Y ya había desaparecido definitivamente el sabor de naftalina. Entornó los ojos. Aquel poliedro de cristal, con su luz incolora, le producía vértigo.

No se dio cuenta de que estaba medio dormido hasta que el señor Brawnny, siempre muy sonriente, por supuesto, lo zarandeó una y otra vez. Cuando consiguió abrir los ojos, el China Doll se encontraba casi vacío.

-¿Y Gonzalo...? ¿Ha venido ya Gonzalo?

El barman soltó una palabrota y se fue hacia el otro extremo de la barra moviendo la cabeza.

Entre el señor Brawnny y la muchacha lo arrastraron hacia la puerta. Sintió náuseas y contuvo el vómito a duras penas. Pero era necesario aguardar hasta el último instante. Trató de zafarse, pero no logró más que escurrirse y dar de costado en el suelo, como si fuera un pelele. Tuvo que ponerlo en pie un camarero, en tanto el gigantón y su amiga se reían a carcajadas.

-Tengo que esperar a Gonzalo... ¿Me oyen...? Es necesario.

-43-

Pero resultaba inútil. Apenas si podía hablar y nadie se preocupaba de lo que decía. Por último, hizo un esfuerzo desesperado.

-Por favor..., yo..., mañana... ¡Por favor!... -sollozó entre ronquidos.

Debían de estar ya al aire libre, porque sintió las gruesas gotas del chaparrón patinándole por la frente. Algo aliviado, procuró recobrar la conciencia de cuanto estaba sucediendo, pero era demasiado tarde y ya todo giraba en su cabeza vertiginosamente. A empujones, lo metieron en un coche y se quedó adentro, en la parte posterior, incapaz de no hacer sino lloriquear, en tanto el automóvil arrancaba como una exhalación.

-Gonzalo... Tengo que ver a Gonzalo... -murmuró poco después.

Alguien lo cogió por el pelo. Abrió los ojos y vio el rostro sonriente -con una sonrisa cruel y despectiva- de la muchacha muy cerca del suyo.

-¿Por qué no cambias el disco, monín?

Antes de perder el conocimiento, percibió, por entre las amables explosiones del motor, la voz del señor Brawnny que canturreaba en un idioma bárbaro.

Cuando volvió en sí, el auto estaba parado. Se incorporó a duras penas y miró a través de la ventanilla: una playa desierta y fantasmal se extendía frente a él. En los asientos delanteros descubrió al señor Brawnny y a la chica estrechamente abrazados. De pronto, ella se desprendió del abrazo y gritó que iba a bañarse. Los vio correr hacia el mar, persiguiéndose entre risas nerviosas.

Luego se dobló sobre sí mismo y comenzó a vomitar.

Cuando se despertó, un cielo frágil y lejano flotaba sobre él. Cerca alborotaban los pájaros. Se levantó, perplejo y todavía aturdido por el alcohol. Estaba solo, en medio de abruptas colinas. Dio unos pasos, sin salir de su estupor, se llevó las manos a la cabeza y recordó: el China Doll, la muchacha, el extranjero aquel, Gonzalo... ¡Gonzalo! Sólo faltaba un cuarto para las ocho y su barco salía a las ocho. ¡Dios! Echó a correr desesperadamente. Alcanzó la carretera y siguió corriendo. Tras una curva barruntó la ciudad en el fondo del valle, a unos veinte kilómetros y bajo un sol benévolo y reciente.

-44-

Tiene que pasar algún coche, es necesario que pase algún coche, se dijo mientras alargaba sus zancadas. Y continuó corriendo, hasta que ya no pudo más y se abalanzó sobre la hierba húmeda aún de la cuneta. Durante varios minutos permaneció como había caído, con la cabeza escondida entre los brazos. Finalmente, se puso en pie, y descendió por la suave cuesta hacia la ciudad.

-45-

△▽

## **El lugar más lejano**

-47-

Cuando llegué al Ayuntamiento un guardia me advirtió que no podía ver al señor alcalde, porque había ido a la capital a resolver ciertos asuntos y no regresaría hasta transcurridos varios días. Ni tan siquiera levantó la cabeza, siguió sentado, con la mirada en el periódico. Le pregunté si podía entrevistarme entonces con el secretario y me dijo que muy posiblemente, pero de cualquier modo tenía que aguardar, ya que aún no había llegado. Así que me senté junto a él -junto al guardia- en el banco del zaguán.

Me encontraba cansado del viaje y algo triste, por eso tenía ganas de comenzar mi trabajo. Una vez en la escuela, todo iría mejor. Bostecé disimuladamente y estiré las piernas. Las tenía entumecidas, después de seis horas en aquel desvencijado autobús; ¡y qué seis horas! Cestos y gallinas por todas partes, brincos, tumbos y gritos. Además, el coche había tenido que detenerse en varias ocasiones, porque el agua del radiador se recalentaba y echaba humo como una cafetera. Los campesinos debían de estar acostumbrados a las frecuentes paradas, de manera que las aprovechaban para pasear tranquilamente por la polvorienta carretera. Sin embargo, yo me puse furioso con todo aquello.

Al llegar al pueblo mis compañeros de viaje desaparecieron con mucha prisa en el interior de las casuchas diseminadas aquí y allá, entre breñas, árboles y vallados. Hacía un calor sofocante. Estábamos a mediados de septiembre y desde aquellas alturas el sol parecía estar al alcance de la mano.

Era ya mediodía y volví a preguntar al guardia si el señor secretario tardaría aún mucho. Hizo un gesto de incertidumbre y continuó su lectura. No sentía más que el zumbido de los insectos y el repique distante de un yunque. Me levanté y anduve hasta la puerta. Miré hacia afuera y no vi a nadie. No sé por qué se me ocurrió pensar que aquel pueblo era distinto de cuantos conocía. Había algo muy singular en todo, incluso -48- en el aire denso y pegajoso. Claro que quizá no fuera más que una observación algo desenfocada como consecuencia de mi estado de ánimo.

Había transcurrido cerca de una hora cuando llegó el secretario. El municipal se puso trabajosamente en pie, sin soltar el periódico, y murmuró un saludo. Me acerqué a él y sin más preámbulos me presenté. Era un hombrecillo amable y muy nervioso. Me hizo entrar en su despacho y me ofreció una silla. Le dije que iba destinado a la pedanía de Los Tatujos y que deseaba incorporarme inmediatamente.

-Lo comprendo, lo comprendo... -murmuró, sin mucho entusiasmo.

Entonces le pregunté si podía tomar posesión de mi cargo, ya que el señor alcalde estaba ausente.

-Por supuesto que puede -dijo-. Aunque... Bueno, me temo que no voy a serle de mucha utilidad -hizo una breve pausa y se encogió de hombros-. El caso es que no sé por dónde cae la pedanía esa que dice usted.

Como quiera que yo mostrase cierta perplejidad, siguió diciéndome que la cosa carecía realmente de importancia, ya que él también era nuevo en aquella comarca y hacía una semana tan sólo que estaba allí. Reímos con desgana, sin saber qué hacer. Por fin, el secretario agregó.

-Vaya usted a ver a don Rufo, el maestro del pueblo, quizá él pueda proporcionarle información.

Le di las gracias y salí. El guardia, con muy escasas palabras, me explicó por dónde quedaba la casa de don Rufo. Descendí a lo largo de una calle pina y desigual, y me detuve, ya casi al término de la misma, frente a una pequeña huerta. Bajo un peral, un hombre de pelo gris se balanceaba en su mecedora. Empujé la cancela, me aproximé a él y le pregunté si tenía el gusto de hablar con don Rufo.

-Sí -dijo incorporándose-, yo soy don Rufo. ¿En qué puedo servirle?

Para no cansarle demasiado, le expuse muy brevemente el motivo de mi visita. Tenía que alcanzar pronto mi destino, necesitaba ejercer mi magisterio cuanto antes. Estaba seguro de que él comprendería.

Mientras hablaba, don Rufo movió repetidas veces la cabeza en señal de asentimiento. Parecía darme a entender que también él era maestro y que, por tanto, sobran explicaciones. -49- Cuando hube terminado, me dio unos golpecitos en la pierna.

-Le comprendo a usted muy bien, joven. Aún recuerdo la emoción que sentí cuando me hice cargo de esta escuela -sonrió mientras parecía evocar alguna escena muy significativa-. De eso hace ya casi cuarenta años; ¡figúrese usted!

Por unos instantes, los dos guardamos silencio. Una misteriosa ráfaga de viento agitó la hojarasca que cubría la huerta. Del fondo del valle subió el ladrido de un perro.

-Sin embargo -agregó de pronto-, no consigo recordar ese nombre... ¿Cómo ha dicho que se llama?

-¿Cómo se llama qué cosa?

-El lugar donde va destinado.

-Los Tatujos.

-¿Los Tatujos?... Es curioso, pero después de cuarenta años, no consigo recordar ese nombre -hizo una pausa-. Los Tatujos, ¿eh? Pues nada, que no sé ni por dónde para -espantó algunas moscas de su frente-. De todas formas, no debe extrañarse. Este es un terreno muy accidentado, como habrá podido usted apreciar, y hay muchos caseríos desperdigados por toda la sierra, ¿comprende? -Luego añadió para sí:- Esta dichosa cabeza...

Le rogué que no se preocupara más del asunto, pero me hizo callar con un rápido gesto.

-¿Los Tatujos?... ¿Ha dicho usted Los Tatujos, verdad?

Repliqué que sí, que había dicho Los Tatujos, un poco harto del aquel juego.

-Verá usted. Es que ahora me parece recordar que ya hubo otro maestro que también me preguntó por ese lugar... o por uno muy semejante. Claro que ha llovido mucho desde entonces.

Pensé que se trataría de mi predecesor en el cargo, y así se lo dije a don Rufo, quien se manifestó de acuerdo. De nuevo le pregunté cómo aquel compañero había logrado dar con la pedanía.

-Bueno, realmente no puedo asegurarle si dio o no con ella, aunque... Sí, sé de alguien que a buen seguro le ayudará. El tío Candelas conoce al dedillo la región, ¿sabe usted? Se gana la vida vendiendo chucherías y se mete por todas partes.

-50-

Me dijo que el tío Candelas estaría en su casa a aquellas horas y que vivía al otro extremo de la calle. Agradecí su interés, le estreché la mano y abandoné la huerta.

El tío Candelas era un individuo bajito, de ojos pequeños y centelleantes. No, no recordaba a ningún maestro que hubiera ido a Los Tatujos. Posiblemente don Rufo estaba en un error.

-Se le va la cabeza al pobre. Es ya demasiado viejo.

Desde luego, sabía, poco más o menos, dónde estaba Los Tatujos, aunque jamás había subido hasta allá.

-Creo que hay muy poca gente, y, según dicen, son pobres e ignorantes. De manera que, como usted comprenderá, pocos negocios puedo hacer.

Aun así, él podía alquilarme su mula que conocía el camino perfectamente y en pocas horas me llevaría a mi destino. No había más que dejarla ir. Era dócil y resistente. Me encogí de hombros. Si no había otra solución... ¿Otra solución? El tío Candelas rompió a reír muy divertido por la ocurrencia. ¿Acaso creía que estaba en la ciudad? No, hombre. Aquella era una comarca agreste y dejada de la mano de Dios, de forma que no se podía andar uno con remilgos. Así pues, cerramos el trato. Le pagué el alquiler de la mula y me advirtió que tan pronto como alcanzara Los Tatujos la dejara libre, que ya se encargaría ella de regresar. Le aseguré que así lo haría, cargué la maleta y el envoltorio de plástico con los bocadillos que me había preparado mi madre, y emprendí la marcha. Deseaba llegar cuanto antes para echarme en cualquier camastro y dormir veinticuatro horas de un tirón.

Ascendimos por una vereda más bien apacible. Poco a poco, el pueblo se fue quedando muy abajo. Podía barruntar sus tejados, sus chimeneas ahumadas y sus corralizas semiderruidas. En un principio, todo aquello me resultó satisfactorio. Discurríamos junto a pequeños prados por donde zigzagueaban cientos de arroyos, junto a bosques de castaños, junto a sorprendentes paisajes en los que se conjugaban con total armonía los colores más dispares. La mula conocía bien el camino y su paso era uniforme, seguro y melodioso.



Debí de quedarme adormecido, porque cuando desperté, el valle se hallaba sumergido en una claridad rojiza. Miré el reloj; ya eran las seis y cuarto. Así que llevábamos más de tres horas de marcha y todavía faltaba mucho para coronar -51- el formidable macizo. Empecé a ponerme nervioso. Decididamente, el tío Candelas no tenía idea alguna del tiempo. Por otro lado, el panorama que se me ofrecía ahora resultaba sobrecogedor. Ya no había bosques, ni regatos, ni se escuchaba el gorjeo de los pájaros. Caminábamos entre peñascales grises y escarpados, junto a oscuras gargantas y peligrosas simas, junto a inmensos farallones que parecían no tener fin. No se percibía ningún sonido fuera del clop-clop cansino y monótono de mi cabalgadura. Sobre un picacho, -me hizo el efecto de una mano surgiendo de entre las agitadas aguas del océano- planeaba un águila real de gran envergadura.

De pronto volvió aquella vaga sensación de temor. Me reproché mi atrevimiento y traté de reconsiderar, con la mayor serenidad, la coyuntura. Estaba solo, en un paraje inhóspito y desconocido, confiado total y estúpidamente al instinto de una bestia. Me pareció un sueño, una pesadilla más bien. Tentado estuve por unos instantes de regresar al punto de partida. Pero me dije que tal vez mi destino estuviese ya más cerca de lo que yo mismo podía suponer. Así que decidí continuar adelante. Me aferré al ronزال y procuré pensar en otras cosas: en Ángela, por ejemplo.

La montaña parecía interminable. Se había puesto el sol y la oscuridad trepaba desde lo más hondo del llano. De nuevo consulté el reloj: marcaba las diez y unos minutos. Y sin embargo, sobre mi cabeza se elevaba hasta el infinito la muralla granítica.

No tenía ningún apetito, pero era necesario tomar un bocado para restaurar mis energías. Comí sin descabargar, sin detener el paso. No quería diferir, bajo concepto alguno, aquel horrible viaje. Me acomodé lo mejor que pude sobre la grupa y comencé a repasar mentalmente los últimos meses de mi vida: el término de la carrera, las oposiciones, los proyectos para el futuro... Y así fue como caí en un pesado sueño.

No pude precisar cuántas horas o días permanecí dormido, porque cuando desperté mi reloj se había parado alrededor de las once. Pero tenía las ropas húmedas y un frío insoportable. Nos envolvía la niebla y resultaba imposible ver nada en absoluto más allá de tres palmas. Sin embargo, -52- advertí que íbamos por campo raso. Detuve la mula, salté al suelo, abrí la maleta y me abrigué con una gruesa chaqueta de lana.

Durante no sé cuánto tiempo -mi reloj, como ya he dicho, estaba parado- anduvimos entre la espesa niebla. Por fin, cuando escampó y bajo una tenue claridad lunar, contemplé el vasto páramo que se abría frente a mí. No pude evitar un estremecimiento. ¿Y si la mula se había extraviado, muy a pesar de las predicciones del tío Candelas? Por lo pronto, nada divisaba -ni una luz, ni una parcela de tierra de laboreo, ni el más insignificante vestigio humano- que hiciera sospechar la proximidad de caserío alguno. Me sentí deprimido y con ganas de llorar. Estaba corriendo un peligro inútil por culpa de una desmedida y vanidosa confianza en mí mismo. Me maldije y maldije a la mula. Y al alcalde. Y a don Rufo. Y al tío Candelas. Y a aquel perdido lugar que se alejaba más y más, y que tal vez ni siquiera existiese... Durante el curso de mis ideas anonadado por la tan repentina como espantosa duda. Pero, ¿podía ser posible aquello? Es decir, ¿podía ser posible que la aldea no existiera realmente o que hubiera existido en otra época más o menos remota y que ahora tan sólo fuera un recuerdo, un nombre en los polvorientos archivos del Ministerio? Nadie, ni el secretario, ni el maestro, ni el

buhonero, me había proporcionado datos concretos sobre la pedanía, sino insinuaciones, cálculos aproximados, chismes... ¡qué sé yo! Pero nada, nada en concreto. Nada en firme. Nada seguro. Y entonces fue cuando aquel temor incipiente y torpe cobró dimensiones, me paralizó la sangre, me oprimió la garganta hasta cortar la respiración.

Se había levantado un viento glacial y su aullido recorría toda la planicie. Aspiré con ansia y traté de recuperar el resuello. Ante todo, era un hombre consciente y no debía precipitarme en conclusiones absurdas. Muy probablemente, mi caballería se había despistado con las brumas, o bien se trataba de un bromazo muy al uso entre aquellos montañeses. Eso era todo, en definitiva. animado por tales pensamientos, bastante lógicos, en verdad, sentí que se renovaban mis fuerzas y con un débil grito hundí los talones en los ijares de la bestia.

El fuerte viento levantaba nubes de arenisca, que se precipitaban -53- sobre mí con violencia. Me tendí sobre el cuello de la cabalgadura y cerré los ojos. Así anduvimos durante un buen rato. Al incorporarme para echar una ojeada, creí vislumbrar un destello, una chispa en medio de las espesas tolvaneras. Pero en vano busqué por entre el caos. ¿Había sido, pues cosa de la imaginación? ¿Se trataba realmente de un relámpago? ¿O es que, por fin, estaba cerca de mi destino?

Dos horas después -quizá fueran tres o trescientas, ¡qué sé yo! Porque, ¿he dicho que mi reloj se había parado? ¿He dicho que el tiempo carecía de módulo? ¿Lo he dicho?- se produjo un hecho singular. Aún hoy, no puedo decidir si tan sólo tuve una alucinación. El caso fue que de entre los espumajos de polvo surgió una fila de jinetes a lomos de pequeños borricos. Cabalgaban en sentido contrario e iban cubiertos hasta los ojos con mantas y tabardos. Me detuve y esperé que ellos hicieran lo mismo. Pero no debieron verme porque pasaron junto a mí sin tan siquiera advertir mi presencia. Volví grupas, me situé al lado del último y puse mi montura al paso de la suya. Le grité repetidas veces si aquella senda conducía efectivamente a Los Tatujos. Pero el viento arreciaba y mis palabras se diluían en su potente aullido. Así que lo cogí por un hombro y lo zarandé.

Se volvió sin demostrar sorpresa alguna y me miró. Sus ojos eran pequeños y hundidos, como dos ranuras, como dos tajos, y se iluminaron al mirarme con una ligera ironía. Me pareció que movía los labios, pero en aquel momento un nuevo remolino nos separó. Fue inútil que los buscara después que hubo amainado el vendaval. Habían desaparecido tan sorprendentemente como llegaron. Pero de cualquier forma, el encuentro me hizo recobrar ánimos. Era señal evidente de que cerca, muy cerca ya, había un lugar habitado. Si no Los Tatujos, sí una venta, una alquería, algo, en fin, donde pudiera descansar.

Amanecía cuando cesó la tormenta. El sol surgió sin transiciones, y el inmenso pedregal se me ofreció bajo una extraña luz azulenca. Sólo al Norte, pero muy distante, se alzaba una gigantesca cordillera cubierta por las nieves.

Durante todo el día cabalgué sin detenerme. Me encontraba febril, y mis miembros estaban atrofiados de tanto dolor. Dormía a intervalos, y pasaba del sueño a la vigilia casi sin darme cuenta. Tan pronto sentía frío como calor. Y cada vez -54- que abría los ojos, la atmósfera había cobrado una tonalidad diferente: del blanco lechoso y glacial de las noches a la opalina y metálica luz de los días. Iba como un sonámbulo persiguiendo

una chispa en aquella estepa, un destino inaccesible, un débil rescoldo más allá del horizonte.

Cierta madrugada, al despertar, me sobresaltó la calma que se había hecho en torno. Miré hacia adelante y vi de nuevo la diminuta llama. Esperé que, como en otras ocasiones, desapareciera casi en el acto, pero, contra toda conjetura, permaneció fija. Me froté los ojos, pensando que se trataba de un engaño. Sin embargo, la luz permanecía allí, firme y esperanzadora. Estuve a punto de llorar. Por fin, Señor, ¡por fin! Espoleé mi cabalgadura, que emprendió un trote discreto. No dejaba de mirar la luz, temiendo que volviera a extinguirse de un momento a otro. Pero ya estaba muy cerca. A cien metros. A cincuenta metros. Tan sólo a diez metros.

Entonces pude distinguir al hombre que sostenía la lámpara. Era muy viejo y se encontraba junto a un elevado muro desprovisto de puertas y ventanas. No hice demasiado caso de aquella observación. Estaba demasiado alegre, porque la pesadilla había pasado finalmente.

-¿Me esperaba? -le pregunté cuando estuve a su lado.

-Cada noche, desde hace ya muchos años.

Quise explicarle todo cuanto me había sucedido, pero el viejo echó a andar y me ordenó que le siguiera. Desmonté, cogí la maleta y di unas palmadas a la mula para que emprendiera el regreso. La vi alejarse con aquel monótono clop-clop que nunca olvidaría, y de repente sentí deseos de correr tras ella, de regresar con ella, de huir de todo aquello. Pero era demasiado tarde. El hombre se había detenido y me aguardaba con la lámpara en alto para alumbrarme el camino.

Me condujo hasta una especie de granero inmenso. No podía distinguir más que el contorno de las cosas, pero olía a moño, a materia en descomposición. Se detuvo frente a una mesa desvencijada y puso la lámpara de aceite sobre ella.

-Hemos llegado -dijo.

Le pregunté qué era aquello, y me respondió que la escuela. Entonces traté de decirle que todavía era muy temprano para empezar las clases y que lo que necesitaba verdaderamente era una cama, un jergón, algo donde dormir y -55- descansar durante algunas horas. Sin embargo, no me permitió concluir.

-Espere, espere -dijo, mientras se alejaba con una sonrisa, que se me antojó burlona, y se perdía en las sombras sin atender a mis ruegos.

Me encogí de hombros con cierta resignación. Decididamente, me encontraba entre gentes hurañas. No había más remedio que acostumbrarse a sus cosas si quería cumplir con mi deber. Limpié una polvorienta silla, tomé asiento y descansé brazos y frente sobre la mesa. Así caí en un profundo sueño. Me despertó el repique de cientos de campanas y el rumor creciente de una multitud. La lamparilla se había apagado, pero ya era de día. Miré a mi alrededor: todo estaba roto, amontonado, olvidado. En el suelo, entre los desconchados del cemento, crecía el jaramago. Pero afuera crecía también el rumor, la gritería, el tañido. Era sin duda, la bienvenida con la que pretendían

sorprenderme. Estaba claro. Así que me acerqué a la puerta con una amplia y agradecida sonrisa y en los labios, sonrisa que terminó quebrándose en una mueca amarga, porque frente a mí sólo se extendía la infinita llanura, con su soledad y abandono. Cerca, muy cerca, piafababa inquieta la mula del tío Candelas.

-57-

△▽

## Historia antigua

-59-

Yo he nacido en una cárcel o en penal, no sé cuál es la diferencia exactamente. Aunque, de cualquier modo, la cosa carece de importancia. Bueno, quiero decir que todos los muchachos de mi edad han nacido en iguales condiciones.

Es una vieja historia, ya casi olvidada. Resulta que un buen día, de no recuerdo qué año, murió por envenenamiento el señor de esta villa, mientras en los jardines de su castillo se celebraba una gran fiesta, a la que, precisamente, habían sido invitados todos los habitantes del lugar.

Cuando el físico dio a conocer la noticia, los villanos se entristecieron de verdad, porque, dentro de lo que cabía, y según dicen, el anciano señor era bastante considerado, al punto de cobrar tan sólo la mitad de los impuestos y de no exigir ciertos derechos muy al uso y nada desagradables. Claro que, como los maliciosos insinúan, es muy posible que la renuncia a tales derechos fuera más bien a causa de su chochez que de su nobleza. Pero, fuera como fuese, aquel aciago día cada cual marchó a su casa con el corazón apretujado en un puño.

Al otro día, y no bien hubo amanecido, la pequeña y tranquila villa fue ocupada por la guardia real, que llegó con mucho aparato de hombres y armamento. En pocos minutos reunieron en la plaza mayor a todos los villanos. Entonces se adelantó de entre la tropa un arrogante teniente y, después de hacer cabriolas con su montura, les conminó a entregar al asesino en el acto, ya que de otra manera se vería obligado a tomar serias represalias.

En un principio nadie se atrevió a hablar, pero de pronto quisieron hacerlo todos al mismo tiempo, y sólo lograron levantar un rumor infinito. El capitán apercibió a sus hombres, que desenfundaron automáticamente los sables. Los humildes lugareños se sobrecogieron de espanto y se apretaron unos contra otros en el más respetuoso silencio. Fue entonces cuando de aquella masa salió mi padre a parlamentar -60- con el coronel, no porque fuera un héroe, sino porque era honrado y trabajador.

Manteniendo siempre una distancia prudencial, le dijo que ninguno de los allí reunidos había dado muerte al señor, porque todos se encontraban juntos, como ahora, y que, por tanto, cada uno de ellos podía certificar la presencia del otro en el momento de cometerse el crimen.

Pero el general se puso rojo de rabia y empezó a decir barbaridades. Por último, cuando se hubo calmado, gritó que en nombre de alguien muy importante -aunque ninguno de los del pueblo recordaba de quién se trataba- los condenaba a prisión el resto de sus vidas. Mas como quiera que los calabozos del castillo eran insuficientes para contener a los no sé cuántos miles trescientos y pico habitantes de la villa, ordenó cercarla con unas grandes murallas, sin puertas ni ventanas, que se alzaran hasta poco menos de la luna.

Durante años y más años, centenares de obreros, bajo la dirección de los más sabios maestros de aquel tiempo, trabajaron incansablemente en la gigantesca construcción. Finalmente, cuando la obra estuvo concluida, los condenados se sintieron aislados de todo lo demás, pero mucho más felices y tranquilos que nunca. Como eran muy laboriosos, en poco tiempo florecieron la agricultura, el comercio y la industria de tal manera, que la vil la se enriqueció notablemente y sus gentes gozaron de una maravillosa paz.

Yo nacía a los diez años de cautiverio. Me he criado aquí y estoy muy satisfecho. Trabajo en la herrería de mi padre y ya casi domino el oficio. En un principio no podía dejar de estremecerme cada vez que divisaba las murallas, pero mi padre me convenció de que no hacían más que preservarnos de ambiciones y pestes.

Y así debe ser, en efecto. Lo digo porque, no hace mucho, nos llegó una paloma con un mensaje atado a su bonita pata. En él se nos anunciaba que éramos totalmente libres, ya que el anciano señor, cuya muerte se nos atribuía, se había suicidado realmente. Casi al término del escrito se nos ordenaba que colaborásemos desde adentro a derribar la gigantesca muralla.

Durante algunas horas el consejo permaneció entregado a sus deliberaciones. Por último, llegaron a la conclusión de que se nos trataba de hacer caer en una trampa. Así que decidieron -61- poner contrafuertes a lo largo de los muros, y la vida en nuestra ciudad continuó como hasta entonces.

Pero no transcurrieron más de dos meses sin que nos llegase otro mensaje con el mismo o muy parecido tono, y firmado, como el anterior, por el general de la tropa que nos apresó.

Sucesivamente, se recibieron otros muchos. En todos se nos decía que nuestra obligación de hombres libres era cooperar con la guardia real a defender la ciudad de las incursiones de los bárbaros. Por último, la orden se trocó en súplica. Los notables de afuera habían agotado sus provisiones de trigo y de carne, no tenían con qué cubrirse y sus palacios se desmoronaban. Aún así, el consejo estimó que todo aquello formaba parte de una treta, y que lo único que pretendían los del otro lado no era más que saquear nuestra ciudad. De cualquier modo, y por si acaso hubiere algo de cierto en cuanto decían, se les envió toda clase de simientes para que las sembraran y cultivaran como es de menester.

Poco más tarde dejaron de recibirse mensajes, pero fue entonces cuando comenzaron los misteriosos ruidos de junto al muro.

Por eso afirmaba en un principio que no me importa en absoluto haber nacido aquí. No es más que una vieja historia, ya casi olvidada. Lo que nos preocupa ahora realmente son esos endiablados ruidos, que crecen de día en día. Con frecuencia la ciudad se tambalea, y tengo la impresión de que las infinitas murallas van a desplomarse sobre nosotros de un momento a otro.

-63-

△▽

## El paseante

-65-

De modo que, digan lo que quieran, nadie debió de advertirlo hasta pasados varios días. Y eso que, poco después, como ya se sabe, habría de sembrar la alarma y aun el pánico entre todos los vecinos de la pequeña república, sin que para entonces, Ciro Adra, prefecto mayor de la seguridad nacional, pudiera hacer otra cosa más que redactar un minucioso y amplio informe acerca de los inusitados acontecimientos que se produjeron en la villa desde que se registró testificalmente la presencia del paseante, quien -a juicio del prefecto- debía ya de andar metido en tan desvergonzados menesteres, con bastante anterioridad a su revelación. Y cuando por último, como se verá, Ciro Adra recibió órdenes concretas al respecto, el paseante había desaparecido y ya nunca jamás volvió a saberse de él.

En dicho informe se contienen todas las circunstancias y singularidades que concurrieron en tan enigmática historia. Y aunque su estilo es lacónico y casi forense, como corresponde a las graves funciones de un prefecto mayor, se puede muy bien inferir de su detenida lectura, la turbación y hasta el tremendo espasmo que experimentó aquella, hasta entonces, sosegada y laboriosa comunidad. Ciertamente y en su virtud, el paseante fue calificado de catástrofe pública, como así consta en actas y crónicas, y de cuyos textos abundan cuantas copias legalizadas se requieran, según.

El informe se inicia precisamente con el descubrimiento de la viuda Ursula Doria; descubrimiento que tuvo lugar la noche del cinco de noviembre de aquel mismo año, y siendo las once horas quince minutos, en el reloj de bolsillo marca «Rooskopf & Co.», número de serie 8995, que había pertenecido de por vida al difunto esposo de la anciana señora Ursula Doria, extremos, en fin, que fueron verificados escrupulosamente por el propio prefecto mayor, en persona. Pues bien: la noche de autos, cuando la viuda Doria se acercó a las ventanas de su dormitorio para cerrar los postigos de las mismas, -66- pudo observar en el jardín fronterizo a un hombre que, con las manos tras la espalda, se movía imperceptiblemente alrededor de un macizo de matricarias -*Chrysantemun parthenius* se dice, con rigor científico, en el informe de Ciro Adra-. Solicitada por tan insospechado comportamiento, Ursula Doria confiesa que apagó las luces de la alcoba, en evitación de indiscreciones y riesgos, y continuó sus pesquisas que concluyeron exactamente a las once horas y cincuenta minutos, con los sorprendentes resultados que se relacionan: el sujeto dio trece vueltas y media al citado macizo de matricarias -*Chrysantemun parthenius* (sic)- y luego se dirigió, siempre con una irritable lentitud,



hacia el extremo más alejado de la plaza. Durante su trayecto -dato, según conjetura el prefecto mayor, altamente significativo-, se detuvo cinco veces: tres de ellas, para examinar un ruinoso edificio de época, y las dos restantes con objeto, al parecer, de entregarse a la muda contemplación de sus propios zapatos. En este punto, la anciana viuda, no sin cierto rubor, declaró que no estaba muy segura de si, en efecto el misterioso paseante se había mirado los zapatos o, por el contrario, andaba en el ejercicio de ciertos actos de naturaleza vituperable, por cuanto la penumbra de la zona en donde tuvieron lugar las dos últimas detenciones, dificultó su percepción visual.

El turbador testimonio que abre el caso, termina refiriéndose, aun de manera sumaria, a las pesadillas y ahogos de que fue víctima Ursula Doria, a lo largo de aquella interminable noche y durante los escasos minutos en que logró conciliar el sueño, tras su repugnante y circunstancial descubrimiento.

Se emiten aquí prolijas invocaciones jurídicas que ocupan, en apretados latines, tres títulos y parte de otro más del informe, para relatar con llaneza los efectos subsiguientes a la revelación. Esto es: la anciana señora puso en conocimiento de sus vecinos cuanto había presenciado la noche del cinco de noviembre de aquel mismo año de gracia. A partir de entonces, los vecinos y aun ella misma constataron sobrecogidos la regularidad del paseante quien, puntualmente, sobre las once -siempre en el «Rooskopf & Co.», número 8995, propiedad de Ursula Doria- repetía una y otra vez, los mismos o parecidos actos descritos ya por la venerable viuda. De este modo, y presumiendo un inminente peligro, los vecinos del barrio de comerciantes en paños -uno de los más prósperos -67- de la villa- decidieron poner en conocimiento del propio prefecto mayor de la seguridad nacional, cuanto estaba sucediendo.

Ciro Adra recibió y escuchó a los comisionados. Un poco incrédulo, trató de sosegarlos recordándoles que sus hombres velaban de continuo por los intereses y la tranquilidad de todos los ciudadanos. No obstante, y en consideración al rango de los visitantes, les prometió que practicaría las diligencias pertinentes, en evitación de cualquier improbable atropello.

Cuando se hubo quedado solo, Ciro Adra sonrió pensando en la infundada sospecha de los pañeros. Pero de acuerdo con las responsabilidades de su cargo, bien cierto es que medió gravemente sobre las providencias que debería sancionar, en el supuesto caso de que todo aquello fuera verdad. En principio, se dijo el prefecto, resultaba inverosímil que en villa de tan sólidas costumbres, alguien pudiera malgastar tiempo y energías en torpes e improductivas expediciones nocturnas. Sin embargo, tampoco le parecía prudente poner en duda la palabra de los honrados mercaderes.

Dos días después y aun sumido como andaba en tan contradictorias reflexiones, fue de nuevo solicitado en audiencia por una representación del gremio de orfebres y plateros quienes, con visibles muestras de inquietud, repitieron la misma historia: en la antigua ronda de los yunques, se había advertido la presencia de un individuo que, siempre con las manos tras la espalda, iba y venía por las aceras, con alarmante premiosidad, en tanto no cesaba de husmear en vitrinas y escaparates. Los representantes del gremio, en fin, convencidos de que la conducta de tan siniestro paseante -sobre constituir un flagrante atentado contra la moral pública- hacía presumir muy posibles riesgos, recabaron del prefecto mayor enérgicas medidas que garantizaran cumplidamente la seguridad de sus bienes.

Ciro Adra asintió, en tanto recomendaba discreción y sosiego. Consciente de los valimientos e influencias de aquellos notables, les acompañó en persona, hasta la misma ante sala, renovándoles, una y otra vez, sus ofrecimientos de orden. Por último, en el retiro de su escritorio, Ciro Adra, decididamente abrumado ya por tan sutil misterio, se dio a cavilaciones, y tras convencerse de que muy poco iba a conseguir de -68- aquella confusión, resolvió acudir, con carácter privado, al juez supremo de la república.

Conocidos los antecedentes y puesto al tanto del enojoso asunto, el sabio legislador entró en devoto trance y se abismó hasta los más recónditos orígenes de la ciencia jurídica, para finalmente evacuar algunas consultas en la reliquia de unos vulnerables y polvorientos legajos. Mientras, Ciro Adra, permaneció en actitud recatada, sin permitirse tan siquiera inspección ocular de los textos consultados, hasta que el juez supremo los devolvió a su anaquel.

A su juicio -sentenció, tras una tosecilla premonitoria-, el paseante no había incurrido aún -aún, ¿entiende?, dijo con reticencia- en delito alguno tipificado por las leyes de la república y, en consecuencia, si bien era cierto que todo en su actitud hacía conjeturar próximos deslices, había que transigir, en nombre de esas mismas leyes invocadas, con tan disolutos hábitos. El juez, entonces, apeló al glorioso pasado revolucionario de la comunidad, a sus luchas por las libertades y derechos individuales, por las garantías democráticas... Y era tanta su elocuencia, tal su convicción, que Ciro Adra, conturbado ya con los heroicos recuerdos, vivió nuevamente tiempos de partisano.

No, en modo alguno se podía atentar contra los principios inalienables -inalienables, ¿entiende?, repitió con reticencia- de los ciudadanos, y si uno, uno de ellos tan sólo, se permitía ciertas licencias no previstas ni codificadas, en el cuerpo legislativo del país, poderes más altos que el suyo -dictaminó el sabio- sancionarían, en su momento, tan pródiga conducta.

Aquella noche, Ciro Adra regresó visiblemente satisfecho a su casa. El juez supremo, con sus lúcidos consejos, le había descargado de agobios y responsabilidades. Ordenó, pues, a sus hombres que mantuvieran al paseante bajo control, pero que en ningún caso lo molestaran, mientras no infringiera ley alguna. Ciro Adra cenó con apetito desacostumbrado y después dispuso los aparejos para la pesca de la trucha de la mañana siguiente.

Pocos días, sin embargo, duró aquella paz. Y muy pronto, los más recientes acontecimientos desbordaron la confianza del prefecto mayor: el paseante había sido localizado, simultáneamente, en numerosos puntos de la villa. Con -69- el correspondiente atestado y seguro ya de que en todo aquel enigma se ocultaba una tremenda amenaza para la seguridad de la república, Ciro Adra decidió recurrir en audiencia al mismísimo señor burgomaestre, en tanto, por costanas, bulevares y plazuelas, la multitud despavorida exigía garantías constitucionales. La ambigua y contradictoria situación era prácticamente insostenible.

En vista de ello, el burgomaestre convocó, con carácter de urgencia, a la asamblea general. Ediles y consejeros se mostraron contrariados, el juez supremo sostuvo, con firmeza, su irrevocable actitud y Ciro Adra se confesó imposibilitado para hacer frente a los graves y oscuros sucesos, en tanto no se proveyera a su autoridad de más amplias



atribuciones. En aquel punto, de la asamblea surgió un sordo rumor de desaprobación: la propuesta del prefecto violaba los principios liberales del país. Se alzaron entonces gritos enconados y hubo quien vertió, sin recato, despiadadas críticas contra tan sospechosos como inadmisibles propósitos.

Alarmado por el giro de los acontecimientos, el burgomaestre restableció enérgicamente el orden y la serenidad. No parecía recomendable arbitrar medidas que atentaran contra los derechos de los ciudadanos. Pero, por otra parte, la presencia reiterada y múltiple de aquel misterioso individuo constituía, sin duda, un peligro, aún de naturaleza desconocida, para la república. Así, pues, el planteamiento era el siguiente: cualquier acción policíaca que se ejerciese contra el paseante, conculcaba de facto los fundamentos democráticos de la comunidad; pero de no llevarla a cabo, su contumacia misma vaticinaba no pocas calamidades y desastres para la próspera villa. En su consecuencia, se imponía una rigurosa indagación, un profundo examen de todos los testimonios, datos y episodios relacionados con el paseante, por ver si con un estudio detenido de todos y cada uno de tales extremos, los intérpretes de la ley encontraban, por fin, materia cuestionable capaz de situar el incómodo sujeto fuera de la impunidad que le brindaba la propia constitución.

A tal efecto, y como quiera que la asamblea en pleno se mostró unánime, se suscitó un cuerpo especial de escribanos y se amplió la plantilla de alguaciles, con objeto de extremar la vigilancia. Para proveer tan gran aparato, hubo necesidad de promulgar nuevos impuestos y gabelas que bajo el genérico -70- epígrafe de «Pro erradicación de paseantes» no recibió, ni con mucho, lo que se dice una fervorosa acogida.

Y fue precisamente a partir de entonces cuando el informe de Ciro Adra sufrió un considerable impulso, habiendo, como había, para su redacción, tantos funcionarios y colaboradores. Por el dicho informe, sábese, pues, lo que sigue:

En ningún momento, se logró desentrañar la identidad del paseante. Ítem más: de las descripciones del mismo practicadas por miembros de la seguridad nacional y testigos presenciales, todos ellos de reconocida solvencia, se desprende la turbadora posibilidad de que fueran varias las personas que, en aquel tiempo, se dedicaron a tan inquietantes actividades nocturnas, por cuanto unos afirman que el paseante era persona corpulenta y de muchas arrobas, otros hablan de una menguada estatura, y aun terceros hay que insinúan -en sus declaraciones- cierta textura de naturaleza más bien quimérica. Algo similar sucede, siempre a la vista de los testimonios que se anexan al informe del prefecto mayor, en lo que se refiere a los gustos e inclinaciones del paseante: para los primeros, el objeto de su recelosa atención eran nada menos que las flores y muy particularmente el *Chrysanthemum parthenius*, para los segundos, las fuentes públicas, las viejas estatuas y monumentos; y para los últimos, las fachadas, los altos campanarios, incluso las nubes. Pues bien, en base a esta posibilidad que otorgaba carácter plural al fenómeno, Ciro Adra sustentó la hipótesis de una vasta conspiración alentada por algún secreto club de jacobinos.

Una característica común presentaban, sin embargo, las diversas declaraciones verificadas en torno a la personalidad del paseante: su lentitud en los desplazamientos. A partir de este dato y en virtud de las sospechas nada descabelladas del prefecto, la asamblea permanente urgió una disposición que regulara la velocidad mínima de los peatones en cuatro kilómetros por hora. No se aprobó la moción, toda vez que varios

ediles y magistrados afectados de gota, artritis y otros achaques protestaron por lo que consideraban flagrante desprecio para sus derechos democráticos.

El juez supremo propuso entonces la inmediata creación de un centro de investigaciones para el estudio de la velocidad media del ciudadano viandante y activo, en cuyo centro -71- podría determinarse científica y jurídicamente dicho factor, en función de la edad, estado de salud, grado académico y clase socioeconómica de cada transeúnte, ya que, como parecía fuera de toda duda, no era prudente, ni razonable, que la velocidad de desplazamiento de un jefe de negociado de primera o de un empresario coincidiese con la de un subalterno o con la de un fresador, ponía por caso. El juez supremo sonrió con una suspicaz sonrisa y advirtió que en su propuesta sólo había respeto por los principios liberales de la república y que a ellos apelaba, una vez más, para formular una equitativa proporción: a mayores necesidades también mayores prisas.

La asamblea premió la feliz iniciativa con una nutrida salva de aplausos. De inmediato, se acordó designar una comisión especial para el estudio del anteproyecto y se decretó un nuevo gravamen para sufragar los cuantiosos gastos, en la seguridad de que la villa, aun a costa de un sacrificio más, sabría dispensarle una cálida acogida, por cuanto a la vuelta de unos años, se dispondría de un eficaz instrumento capaz de suprimir los excesos y torcidos intereses de aquel paseante que tanto deterioro estaba ocasionando al país.

Fue ciertamente aquella -y así se registra en los anales- una jornada memorable que redimió a los asambleístas de sobresaltos y cavilaciones, aunque, la verdad sea dicha, por poco tiempo. Por poco, porque a pesar de la progresiva instrucción del ya voluminoso informe y de cuantas medidas se arbitraron en su consecuencia, el paseante continuó mirando flores, fachadas e incluso nubes, como si nada de todo aquello fuera con él.

La alarma cundió, días más tarde, se supo que una enfermera había sido víctima de un ataque de nervios al darse de bruces con el paseante, en tanto regresaba a su domicilio, tras cumplir el turno de guardia en el hospital donde prestaba sus servicios. El hecho, que no tuvo mayores consecuencias, prendió, sin embargo, en los ya por entonces crispados ánimos y provocó un pánico general imposible de contener.

Se recurrió, por último, a la habilidad y astucia del viejo interrogador decano, jubilado ahora después de tantas brillantes actuaciones durante la época revolucionaria. En definitiva, si uno tan sólo de los testigos vertía la más mínima acusación contra el paseante, los hombres de Ciro Adra podrían -72- por fin proceder libremente. Pero los años, el forzado alejamiento de audiencias o váyase a saber qué otra cosa, no dieron al interrogador decano ocasión de reivindicar su proverbial perspicacia. En el informe del prefecto mayor consta íntegro el postrero testimonio de la existencia del paseante que coincide también con la última actuación pública del ya citado interrogador decano, y que es textualmente como sigue:

-Su nombre y oficio.

-Ovidio Silva, señor. Y soy propietario de una fábrica de embutidos.

-¿A qué hora acostumbra usted a llegar a casa?

-Normalmente, a las ocho. Sólo los dos últimos días de cada mes, suelo hacerlo sobre las once u once y media de la noche, ya que reviso la contabilidad de mi pequeña industria.

-Está bien. Y dígame, ¿es cierto que el pasado día treinta vio usted al paseante, en persona?

-Sí, señor. Es cierto.

-¿Quiere explicarnos cómo sucedió?

-Fue cuando regresaba a casa. Iba muy a prisa, porque además hacía frío y...

-¿Qué quiere decir con «además»?

-Tenía miedo, señor.

-¿Del paseante?

-Del paseante, señor.

-Continúe.

-Entonces, le vi.

-¿Dónde estaba?

-¿El paseante?... En el centro de la glorieta de las dalias.

-¿Y qué hacía?

-Contemplaba una estatua, señor.

-¿Una estatua?... ¿Qué estatua, si puede saberse?

-No entiendo de esas cosas, señor. Tan sólo soy un humilde fabricante de embutidos. Sin embargo, creo recordar que era... un desnudo.

-¿Un desnudo de hombre o de mujer?

-Me pareció algo así como un ángel, señor.

-¿Un ángel, eh?... ¿Y qué parte del desnudo contemplaba?

-73-

-No lo sé, señor. Yo... Yo...

El interrogador sonrió con los titubeos del fabricante de embutidos y dirigió a los miembros de la asamblea una mirada de inteligencia. Todo iba bien.

-Prosigamos, ¿qué hizo usted entonces?

-Pues... me detuve sobresaltado, por unos instantes. Luego, reanudé mi camino lleno de temor, lo confieso.

-¿El paseante advirtió su presencia?

-Sí, señor. Y vino hacia donde yo me encontraba muy apaciblemente. Fue entonces cuando eché a andar de nuevo, como ya he dicho, señor.

-Y le agredió, ¿no es cierto?

-¿Agredirme?... No, no señor.

-Pero confiesa usted que tenía intenciones de hacerlo, ¿no es así?

-No lo sé, señor. Pasó junto a mí y...

-Y qué, ¿contesté!

-Me saludó con una sonrisa, señor.

-¿Le saludó?

-Sí, señor. Me saludó.

-Pero... Vamos a ver, ¿le dijo algo o tan sólo fue un gesto, un ademán?

-Me dijo: buenas noches, amigo.

-¿Buenas noches, amigo?... ¿Cómo se explica... Está usted absolutamente seguro de que le dijo buenas noches, amigo?

-Lo recuerdo bien, señor. Me dijo: buenas noches, amigo. Y me sonrió.

-¿Sabe usted que está bajo juramento?

-Sí, señor.

-Está bien. Y dígame, ¿cómo era el paseante?

-¿Qué cómo era?... Pues, si me permite, como usted o como yo... Perdone, señor. Quiero decir que como una persona más.

-Pero, ¿no notó usted en él algo... algo diferente, extraño, singular?

-No, señor. Aunque acaso...

-¿Acaso?

-No estoy seguro, señor, pero me pareció un hombre cansado, infinitamente cansado.

-¿Cansado?... No lo entiendo. En fin, dígame, ¿a qué ~~-74-~~ velocidad suele usted caminar?

-¿Que a qué velocidad suelo...? Pues... a unos cuatro o cinco kilómetros por hora.

-Perfecto. Y ahora, una última pregunta, ¿cuál cree usted que sería la velocidad del paseante?

-Andaba despacio, desde luego, muy despacio. Yo calculo que... No iría a más de un kilómetro por hora, señor.

Y aunque si bien es cierto que las últimas palabras del testigo Ovidio Silva, fabricante de embutidos, levantaron de nuevo un sordo murmullo de asombro e indignación, de entre los comicios, también es verdad que ninguna luz se arrojó sobre el asunto, toda vez que la comisión especial designada al efecto todavía se encontraba elaborando pacientemente el anteproyecto del instituto de investigaciones, el cual, en su día, iba a ser órgano regulador de las velocidades de desplazamiento de los viandantes, en virtud de su salud, titulación facultativa, renta «per cápita», etcétera, como ya queda escrito y aprobado por unanimidad.

Pues según se desprende y a la vista de las acuciantes circunstancias, el burgomaestre decidió depositar el gobierno de la ciudad en las lúpidas manos del mariscal Galerio Delcourt. No fue una decisión nada fácil, el burgomaestre derramó, incluso, unas patricias lágrimas de dolor, pero la república estaba, sin embargo, al borde de una guerra civil: se decía ya que el paseante había ocupado la vieja ciudadela del Norte.

Galerio Delcourt recibió con secreto regocijo el mensaje cifrado de acuerdo con la criptografía de los samoyedos, pero no se apresuró. Se hizo espolvorear todo el cuerpo con finísima harina de arroz, vistió su uniforme de gran gala y ciñó su invicto sable, en cuya hoja se leía: *Peace is our profession*. Luego, al frente de su aguerrida, aunque escasa, tropa, abandonó sus fríos cuarteles de montaña y se dirigió hacia la capital. Durante muchos años, desde que concluyeran las luchas revolucionarias, el mariscal Galerio Delcourt, vencedor en ciento una batallas de los ejércitos de la liga noble, había aguardado esta ocasión, siempre a extramuros de la enriquecida ciudad, como determinaban las propias leyes constitucionales que él había jurado.

Los heraldos anunciaron su llegada y la multitud le prodigó una ovación delirante: Galerio Delcourt, el olvidado, ~~-75-~~ regresaba de su destierro, para devolverles la paz y la prosperidad.

En palacio, resonaron por galerías y antesalas, el tintineo de la espuelas del mariscal y de sus veteranos oficiales. Dos ujieres abrieron a su paso la amplias puertas del salón del concejo y todos, ediles, magistrados y notables, se pusieron respetuosamente en pie. Galerio Delcourt se cuadró ante el burgomaestre y le saludó con enérgica marcialidad.

Entonces, el burgomaestre, con visible y honda emoción, lo besó en ambas mejillas, tosió con estrangulado disimulo a consecuencia de aquellos irritantes polvos de arroz, e hizo entrega al mariscal del pergamino lacrado y sellado en donde se le confería el más absoluto poder, hasta que lograra conjurar definitivamente cualquier amenaza de daño o peligro para la república.

La diligencia de Galerio Delcourt superó todo posible vaticinio. En muy pocas horas, disolvió la asamblea plenaria de ediles y el consejo de intérpretes de la ley, decretó la leva de todos los jóvenes y declaró la ciudad en estado de sitio.

Ante tales medidas, el burgomaestre se mostró ligeramente contrariado. Galerio Delcourt le advirtió que sólo así conseguirían capturar al paseante y reintegrar a la comunidad el anhelado sosiego de otrora. Galerio Delcourt fijó, de pronto, su atención en el semblante del burgomaestre, estáis pálido, excelencia, sin duda vuestro grande esfuerzo en el gobierno del país os ha quebrantado la salud. Me atrevo a sugeriros un período de descanso, en cualquier lugar tranquilo, en Acapulco, si os parece. Convaleced en paz, excelencia. Y aunque el burgomaestre alegó que ni tan siquiera sabía dónde se encontraba Acapulco, aquella misma tarde abandonó la ciudad, en compañía de su médico de cabecera y escoltado por un escuadrón de dragones.

Las disposiciones del mariscal se sucedieron a partir de entonces. Convencido de que el paseante entrañaba -no una conspiración interna, de acuerdo con la tesis de Ciro Adra-, sino más bien la señal inequívoca de una futura invasión de cualquier país vecino, militarizó la industria, fortificó la ciudad y prohibió el tráfico de caravanas, por cuanto a su cobijo podían introducirse subrepticamente nuevos agentes y saboteadores enemigos. Y, por si acaso, Galerio Delcourt era muy sagaz, urdió una vasta red de poderosos artefactos para vigilar -76- los espacios siderales.

Por otro lado, ordenó que las emisoras de radio y televisión transmitieran «slogans» cautelosos: «Desconfía de los demás», «El paseante puede estar en tu propia casa, en tu propia oficina, en tu propia fábrica», «Padres, vigilad a vuestros hijos. Hijos, vigilad a vuestros padres». Y así, mil cuarenta y dos más por el estilo.

A todo esto, el prefecto mayor recibió instrucciones drásticas: ya podía actuar libre y energicamente. Los hombres de la seguridad nacional se lanzaron, por fin, a una búsqueda tan afanosa como inútil: el paseante había desaparecido y ya nunca jamás volvió a saberse de él.

Tan sólo cuando Ciro Adra, leyendo y releendo el minucioso informe y haciendo cábalas y conjeturas con tanto dato acopiado, creyó vislumbrar un indicio esclarecedor acerca de la enigmática identidad del paseante, el mariscal Galerio Delcourt, que supo de aquellas incómodas indagaciones, decidió que el prefecto que tantos y tantos servicios había rendido a la república, debería dedicarse, en aquel punto y para el resto de sus días, a la pesca de la trucha a la que tan aficionado era.

Una noche, Ciro Adra dispuso apaciblemente los aparejos, cenó con apetito y se acostó. A la mañana siguiente, con las primeras nieves de aquel invierno, Ciro Adra salió de la ciudad.

## Las oscuras vísperas

En la madrugada del 19 al 20 de febrero de 1936, Pedro Merino, de 25 años de edad, murió en el Hospital Provincial, a consecuencia de diversas heridas de arma blanca. Pocas horas antes de su muerte, Manuel Azaña había formado gobierno. Un hecho sórdido y todo un acontecimiento histórico que aparentemente no guardaban relación alguna entre sí.

El lunes, día 16 de aquel mismo mes, Pedro Merino había sido apuñalado en el carrer de la Caballa por tres individuos que se dieron a la fuga, tras la agresión perpetrada brutal y despiadadamente. El único testigo, un pescador que se dirigía al varadero de El Postiguet, escuchó, según sus declaraciones, estruendo de lucha, insultos estrangulados, gritos y unos pasos que se alejaban.

-Estaba muy oscuro. Yo sólo vi a dos sombras que se deslizaban cuesta abajo.

Cuando descubrió el cuerpo ensangrentado del joven tipógrafo, el pescador pidió ayuda a unos vecinos y trasladaron al herido hasta una casa próxima.

Luego, se avisó a la Policía.

Se investigó el caso, sin advertir pista alguna que propiciara la captura de los asesinos. En plena campaña electoral y en medio de un apasionamiento desbordado, los agentes no prestaron demasiada atención a aquel suceso que no pasaba de ser, según todos los indicios, una vulgar reyerta entre indeseables. Se archivó el asunto.

Pedro Merino no tenía ni familiares ni amigos. El carpetazo coincidió con el escrutinio de los sufragios, sin que nadie se ocupara de reclamar el cadáver que terminó en una fosa común.

En la prensa, apenas unas líneas, junto a los grandes titulares que anunciaban la formación del nuevo Ejecutivo, y una nota en la que se invitaba a deponer las legítimas pasiones de la contienda electoral a todos los españoles, sin distinción -80- de ideología política.

Desde que el general Mola definiera la guerra como necesidad biológica, el joven minero del valle del Turón había iniciado una intensa actividad pacifista que trasladó al fondo de las galerías, a las tabernas, a círculos sociales y culturales.

-Me he pasado los últimos días en el calabozo. La Guardia Civil me detuvo por incitador al servicio de los bolcheviques -Merino sonrió, con cierto escepticismo-. Ahora, no me readmiten en la mina.

A partir de entonces vivió prácticamente de la solidaridad de sus compañeros y de algún que otro trabajo esporádico, hasta que entró de aprendiz en una pequeña imprenta regida por un socialista. Pedro viajó a Madrid, en varias ocasiones, y anduvo con Trifón Medrano, del que recibiría no pocas enseñanzas. Decididamente, se inflamó de idealismo, suscitó en su torno un grupo de muchachos a quienes trató de transferirles sus inquietudes, y concluyó por establecer un centro de estudios, donde imperaba una moral estricta y un concepto casi místico de la revolución.

Pero en octubre del 34 el joven minero se convirtió en un verdadero dirigente, impulsado por la dinámica de los acontecimientos. Luchó, junto a Belarmino Tomás, en el Nalón y recibió un disparo en el asalto del cuartelillo de Ciaño que le obligó a retirarse del escenario de las operaciones. Aquella herida le salvó de las represalias del comandante Doval, una vez el comité provincial revolucionario de Asturias aceptó la rendición propuesta por el general López Ochoa.

Posteriormente, y con el mayor sigilo, Pedro, junto con otras personas comprometidas, fue evacuado a Madrid. Meses después, se trasladó a Alicante.

Consciente de su responsabilidad y del peligro, adoptó una actitud retraída y casi hosca, con objeto de evitar errores e indiscreciones. Pedro era un joven introvertido y silencioso que apenas tuvo dos amigos en nuestra ciudad. Dos amigos que no llegaron a conocer su verdadero nombre, ni la pena capital a la que había sido condenado en rebeldía. Dos amigos que ni tan siquiera se enteraron de su muerte.

-Claro que lo supe, pero tres o cuatro años más tarde y de manera casual. Pedro era muy agradable, pero reservado y taciturno, como él sólo.

-81-

Cada mes se desplazaba a Madrid. Los informes que traía acerca de la situación política y militar, así como de la ascensión fascista y de sus pretensiones insurreccionales, llegaban puntualmente a su destino: un piso vacío del que Pedro Merino tenía una llave y al que sólo debía de acudir a determinadas horas y en días muy concretos, para depositar o recoger los mensajes en el interior de un cajón con doble fondo. Durante aquellos tiempos en una sola ocasión modificó sus hábitos y viajó a Valencia, para escuchar a Azaña, ante ochenta mil personas, en un acto presidido por el catedrático Juan Peset.

-Me extrañó verlo allí, porque no me parecía nada prudente.

Cuando el 31 de diciembre de 1935, se decretó la disolución de las Cortes y Portela Valadares anunció la convocatoria de elecciones generales, Merino rindió su último viaje a Madrid. Regresó con una agenda muy apretada. Se negociaba el pacto entre republicanos y partidos obreros, pacto que se firmaría el 15 de enero. En el programa se incluía la amnistía general y la reintegración a sus puestos de trabajo de todos los



represaliados por la revolución de octubre. Pedro Merino estaba cansado y añoraba su tierra.

La campaña electoral se inició con un despliegue propagandístico inusitado. Las polémicas periodísticas eran frecuentes y a los mítines acudían multitudes enfervorizadas.

Como había previsto el joven revolucionario, la situación en Alicante se deterioraba día a día.

-Vi a Pedro el 10 o el 11, no lo recuerdo bien. Le felicité anticipadamente pronto podría volver a su casa. Pero lo noté preocupado, como nunca.

El atentado que sufre «El Luchador» se inscribe en esa tónica de encrespamiento, en esa espiral virulenta que viven los alicantinos y que asumen ambos bandos. Merino redacta una notas apresuradas, cuarenta y ocho horas antes de los comicios, que no alcanzarán su destino. Quizá nunca se sepa qué decía en ellas. Pero cabe suponer que había descubierto algo importante, puesto que de otro modo, y en virtud de su cautela y responsabilidad, no hubiera actuado con tanta precipitación. Quizá tan sólo advirtiera de la vigilancia de que era objeto. Quizá fuera una angustiada llamada de socorro. No se sabe. Aquellas notas nunca alcanzaron su destino.

-82-

Pocos días antes de que la urnas proclamasen el triunfo del Frente Popular, Pedro detectó a cierto individuo sospechoso.

Fingió ignorarlo, en tanto comprobaba sus presunciones. No tardó mucho en disipar sus dudas. Por entonces ya eran dos desconocidos los que le seguían descaradamente.

No quiso recurrir a la Policía, aún convencido de que las izquierdas iban a obtener la mayoría. De modo que decidió hurtarse de aquella persecución por sus propios medios. La noche del 15 al 16 de febrero se internó por el laberinto de Santa Cruz. Por fin, creyó que había logrado despistar a sus incómodos e implacables verdugos. Pero no fue así. Cuando, desde el Raval Roig, descendía hacia El Postiguet, por el carrer de la Caballa, tres individuos se abalanzaron sobre él. Mientras lo acuchillaban repetidamente, le llamaron rojo y bolchevique. Cuando recuperó el conocimiento, ya en el Hospital, conoció la noticia: las izquierdas habían ganado en Alicante con el 54,11 por ciento de los votos.

Pedro Merino esbozó una leve sonrisa. Estaba amnistiado. Y paradójicamente sintió en su carne cómo se cumplía la sentencia capital a la que había sido condenado en rebeldía a manos de tres sicarios de quién sabe quién. Se incorporó para revelar su verdadera identidad pero se le vino de golpe toda la muerte encima.

Algunos periódicos le dedicaron apenas unas líneas. Tampoco merecía más una simple y sangrienta pelea entre rufianes.

## Enigma bajo una tumba sin nombre

El cadáver de don Esteban lo descubrió Mauren Barr.

-Sí, estaba en la cama. Subí a llevarle algo de comer a su solitaria y miserable habitación de Llombay y lo encontré muerto.

Tras una pausa, la vieja dama de York murmura. «Todo muy extraño, muy repentino».

Por el valle la niebla se crece, con la complacencia metálica de un jet, hasta los riscos. Y cae una llovizna imperceptible y aromática.

-Me lo advirtió. Me advirtió que acabaría así, de golpe -añade cautelosamente la señora Barr.

Estuvo con él la tarde anterior. Don Esteban parecía alterado, pero no dijo nada que hiciera presumir un final tan próximo y misterioso.

La casa de Mauren Barr tiene algo de mercadillo de objetos inverosímiles y animados: se acumulan en las sombras y restallan de humedad. La casa es una tetera, en el crepúsculo desapacible y arrasado de expectativas.

-Hablabas muy poco y nunca o casi nunca del pasado -acaricia su tacita de porcelana, pensativamente-. Sólo me contó que se encontraba en Italia, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial. Más tarde, consiguió evadirse... Qué ¿de quién?... No lo sé. Pero logró llegar a Suecia y allí trabajó como actor de cine. Bueno, era reservado y eso fue cuanto me contó, porque, ya digo, hablaba muy poco.

De pronto a la vieja dama de York se le alumbran las pupilas del color de la ciruela; se levanta, revoloca un ángulo de penumbra y regresa con un cuaderno todo pintado de intrigas.

-¿Y?

-Sus dibujos -dice.

Es un fascinante testamento de jeroglíficos. Un código meticulosamente elaborado y de traza indescifrable.

¡Qué ocurrencia! Nativo de Leo, su horóscopo le presagiaba el infortunio. Y se me olvido avisárselo aquella tarde, estúpida, que eres una estúpida. Sin embargo, recordaba los datos del padrón de Benialí: Stephan Gregor Raiter Riter-Riter, natural de Ivankovo, Yugoslavia, nacido el 21 de agosto de 1916, hijo de Felipe y Teresa, de profesión médico dentista y pintor.

Casi nadie, en la Vall de Gallinera, sabe cuándo llegó don Esteban o Stephan Gregor, aunque debió ser por los cincuenta y muchos. De aspecto arrogante y aristocrático, adquirió una casa en el fantasmal pueblo de Llombay, del que llegaría a ser su único y turbador habitante. Poco después, emparedó su automóvil, se fue a una mercería de Benisili y compró un centenar de bobinas de hilo de todos los colores. Durante horas, acodado en un puentecito, las deslió sosegadamente sobre el arroyo, hasta que la aguas se pusieron como de verbena.

-Era un tipo taciturno y muy raro. Hacía cosas increíbles.

Se dispara una teoría de conjeturas y contradicciones: altivo y humilde, coherente y desequilibrado, bondadoso y agresivo. En ocasiones, invadía un olivar, acotaba un huerto o vivaqueaba entre los frutales, dejando noticia de su presencia con la impronta delatora de la svástica. Pero tan sólo se trataba de pasajeras y melancólicas incursiones perpetradas merced a la tolerancia de sus convecinos. Stephan Gregor ya no tenía bajo su mando a los hombres de la SS.

-Parece que el propio Papa Pío XII le arregló los papeles para entrar en España. Desde luego, era un hombre culto y hablaba varios idiomas.

-Sí, por aquí venía alguna vez -comentaban en el bar.

-En cierta ocasión, nos dijo que había sido coronel del ejército. ¿De cuál? Pues ya no estoy muy seguro. Por lo que entendí, de esos que eliminaban a los judíos.

Un paciente reconocimiento del desmoronado edificio que ocupó en vida Stephan Gregor se salda con el hallazgo de un manuscrito de tintas desvaídas y casi ilegible, donde se repiten insistentemente la palabras Kremlim y Rasputín. Del coche emparedado no queda vestigio alguno. El enigma parece tallado en piedra y resulta invulnerable. Un día, la -87- radio del bar se refirió al juicio de Nüremberg y Stephan Gregor experimentó una sensible reacción física: le entraron tiritonas y su rostro de zanahoria se puso lívido. Murmuró:

-Es inútil. Terminarán conmigo, después de tanto. Era un hombre que huía. Era un hombre que se refugiaba en las escabrosidades del valle.

-Tal vez fuera un nazi. No sé, todo resulta muy confuso.

Esteban está muerto y enterrado. En cierta ocasión vino un coche de matrícula extranjera, y entre dos mujeres y un hombre trataron de secuestrarlo. Hubo un forcejeo y Esteban gritaba cosas en un idioma extraño. Por fin, logró desasirse y se echó monte arriba. Yo lo vi, desde lejos.

Cuando el párroco de Benisili acudió donde se encontraba el cadáver descubrió un breviario en latín, ciento once pesetas y unos singulares dibujos firmados por don Esteban Gregor Gregorijo Gregorijino. ¿Una burla?

-Lo enterramos por lo católico.

El párroco ignora si sus apellidos eran Raiter Riter-Riter.

-El único documento que guardaba celosamente don Esteban es éste.

Se trata de una cédula de inscripción para prófugos, desertores y refugiados, expedida por la Dirección General de Seguridad, en la Comisaría de Valencia, el 29 de mayo de 1959. Y dice así: nombre, Stefan Gregor, nacionalidad, apátrida; ha declarado ser refugiado político, huido de Yugoslavia.

Hacia la Vall de Gallinera se dirigían dos reporteros del «Spingel». Habían estado en Benidorm y buscaban a un fugitivo que manipuló los hornos crematorios del desamor y de la sinrazón. Quizá buscaban a Stephan Gregor que llegó con el misterio y se fue definitivamente con él. Un misterio que ahora yace bajo una lápida sin nombre, entre los cerezos de un recogido y hermoso valle.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

